

**LA FIESTA DE LA SEÑORA DALLOWAY**



Virginia Woolf

LA FIESTA DE LA  
SEÑORA DALLOWAY



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1172-1

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138

11.200 - Montevideo, Uruguay.

[www.bandaoriental.com.uy](http://www.bandaoriental.com.uy)

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2020

Escritora de culto, con una escritura que transformó la narrativa moderna, Virginia Woolf (1882-1941) fue una mujer compleja y contradictoria: perteneciente a una familia de la burguesía intelectual inglesa tuvo sin embargo ideas socialistas. De equilibrio psíquico inestable, Virginia pasaba desde épocas de euforia y febril impulso creativo a profundas depresiones que la llevaron a intentos de suicidio.

Autora de una decena de novelas, además de varios ensayos críticos y biografías, Virginia escribió relatos breves en diferentes etapas de su vida; escribía para probar recursos formales que luego desarrollaría en sus novelas.

El presente volumen reúne trece cuentos significativos de su trayectoria literaria: de los más accesibles y directos a lo más experimental, dado que Virginia pasó de un decidido afán inicial de subvertir las formas convencionales de la narrativa inglesa, a buscar su propio modo de ficcionalizar, y en ocasiones, entre 1926 y 1941, se dio el gusto de escribir relatos de tipo clásico -como los que abren este volumen- que solía enviar a revistas estadounidenses.

El volumen de cuentos que el lector tiene ahora en sus manos pretende acercar una muestra de las obsesiones de una escritora a la que Borges ya había definido, en un artículo de 1936 de la revista *El Hogar*, como “una de las inteligencias e imaginaciones más delicadas que ahora ensayan felices experimentos en la novela inglesa”.



## El legado

«Para Sissy Miller». Gilbert Clandon tomó el prendedor de perlas que estaba entre un montón de anillos y broches en la mesita de la sala de estar de su mujer y leyó la inscripción: «Para Sissy Miller, con cariño».

Era tan típico de Ángela haber recordado incluso a Sissy Miller, su secretaria. Y sin embargo, qué extraño resultaba, pensó una vez más Gilbert Clandon, que hubiera dejado todo en orden: un pequeño regalo para cada uno de sus amigos. Era como si hubiera anticipado su muerte. Sin embargo, estaba en perfecto estado de salud cuando dejó la casa esa mañana, hacía seis semanas, cuando bajó de la acera en Piccadilly y un auto la atropelló.

Gilbert esperaba a Sissy Miller. Le había pedido que viniera; había sentido que le debía, después de tantos años de trabajo con ellos, esa muestra de gratitud. Sí, siguió pensando mientras la esperaba, era extraño que Ángela hubiera dejado todo tan ordenado. Para cada amigo había previsto una muestra de su afecto. Cada anillo, cada collar, cada caja china –a ella le encantaban las cajas chinas– tenía un nombre escrito. Y todos le recordaban algo. Este se lo había regalado él; ese otro (el delfín esmaltado con ojos de rubí) lo había encontrado ella en un callejón de Venecia. Gilbert recordaba el gritito de alegría de Ángela cuando lo vio. Para él, por supuesto, no había dejado nada en particular, a menos que se tratara de su diario. Quince pequeños volúmenes, forrados de cuero verde, dejados sobre el escritorio de su esposa. Siempre, desde su matrimonio, ella había llevado un diario. Algunas de las pocas veces en que habían tenido algún pequeño altercado (no podría

llamarlos «discusiones») había sido a causa del diario. Si entraba y la encontraba escribiendo, ella siempre cerraba el cuaderno o tapaba la página con la mano. «No, no, no», le parecía escucharla decir. «Tal vez después que me muera». Y se lo había dejado como su legado. Era la única cosa que no habían compartido cuando ella vivía. Pero Gilbert siempre dio por sentado que ella le sobreviviría. Si se hubiera detenido un momento a pensar en lo que estaba haciendo, ahora estaría viva. Pero había bajado a la calle sin mirar, según dijo el conductor del auto en el transcurso de la investigación. No le había dado tiempo de frenar... El ruido de voces en el vestíbulo interrumpió su pensamiento.

—La señorita Miller, señor —dijo la criada.

Sissy Miller entró. Nunca antes la había visto a solas y menos, por supuesto, llorando. Estaba terriblemente afectada, y no era para menos. Ángela había sido para ella mucho más que su jefa. Había sido una amiga. Para él, pensó, mientras le acercaba una silla para que se sentara, apenas podía diferenciarse de cualquier otra mujer de su clase. Había miles de Sissy Miller. Mujercitas insignificantes vestidas de negro y con un maletín en la mano. Pero Ángela, con su capacidad de comprender a los demás, había descubierto toda clase de cualidades en Sissy Miller. Era «la discreción en persona, tan callada, tan confiable; uno podía contarle lo que fuera».

En un primer momento la señorita Miller no pudo pronunciar palabra. Tomó asiento, secándose las lágrimas con su pañuelo. Después hizo un esfuerzo.

—Discúlpeme, señor Clandon —dijo.

Él le contestó con un murmullo. Claro que entendía. Era lo natural. Podía imaginarse lo que su esposa había significado para ella.

—He sido tan feliz aquí —dijo la mujer, mirando a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en el escritorio, detrás de Gilbert. Allí habían trabajado juntas, Ángela y ella. Porque Ángela llevaba a cabo todas las obligaciones que recaen



en la mujer de un político exitoso. Había sido la mayor ayuda para él en su carrera. Él las había visto con frecuencia, a ella y a Sissy, sentadas frente al escritorio; Sissy en la máquina de escribir, escribiendo las cartas que ella le dictaba. Sin duda la señorita Miller estaba pensando en eso mismo. Ahora todo lo que él tenía que hacer era darle el prendedor que su mujer le había dejado. Un regalo bastante incongruente, le parecía. Hubiera sido más lógico dejarle una suma de dinero, o la máquina de escribir, incluso. Pero allí estaba: «Para Sissy Miller, con cariño». De modo que tomó el broche y se lo dio junto con el pequeño discurso que había preparado para la ocasión. Estaba seguro, dijo, que sabría valorarlo. Su mujer lo había usado con frecuencia... Y la señorita Miller le contestó al recibir el broche, como si también hubiese preparado un discurso, que lo guardaría como un tesoro. Ella tendría, supuso él, otra ropa en la que un broche de perlas no se vería tan incongruente. Llevaba la chaqueta negra y la pollera que parecían el uniforme de su profesión. Entonces recordó que estaba de luto, era cierto. Ella también había vivido su tragedia: un hermano al que adoraba, había muerto apenas una o dos semanas antes que Ángela. ¿Había sido en un accidente? No se acordaba; Ángela se lo había contado. Ángela, con su capacidad de comprender a los demás, estaba muy afectada.

Mientras tanto, Sissy Miller se había puesto de pie. Se estaba poniendo los guantes. Evidentemente, sentía que no debía entrometerse. Pero no podía dejarla ir sin decirle algo acerca de su situación. ¿Qué planes tenía? ¿Había alguna cosa en la que él pudiera ayudarla?

Ella estaba contemplando la mesa frente a la que se sentaba para escribir a máquina, la mesa donde ahora estaban los diarios. Y, perdida en los recuerdos de Ángela, tardó en responder al ofrecimiento de Gilbert. Durante un momento pareció no comprender, de manera que él repitió:

—¿Qué planes tiene, señorita Miller?

—¿Planes? Oh, está todo bien, señor Clandon —exclamó—. Por favor, no se moleste por mí.

La había obligado a decir que no necesitaba ayuda económica. Hubiera sido mejor, se dio cuenta, haberle hecho el ofrecimiento por carta. Todo lo que podía hacer ahora era decir, mientras presionaba su mano:

—Recuerde, señorita Miller, si hay alguna manera en que pueda ayudarla, será un placer...—. Luego abrió la puerta. Ella se detuvo por un momento en el umbral, como si de pronto se acordara de algo.

—Señor Clandon —dijo, mirándolo a los ojos por primera vez (y él, por primera vez se sorprendió con la expresión compasiva, pero a la vez inquisidora, de su mirada)—. Si en algún momento —continuó— hay algo que yo pueda hacer por usted, recuerde, lo consideraré un placer, en recuerdo de su esposa...

Dijo eso y se marchó. Sus palabras y la mirada que las acompañaba, habían sido completamente inesperadas. Era casi como si ella creyera, o esperara, que él pudiera necesitarla en algún momento. Una idea curiosa, casi fantástica, se le ocurrió al volver a sentarse. ¿Podía ser posible, que en todos estos años en los que él apenas había notado su presencia, ella, como dicen los novelistas, hubiera alimentado una pasión por él? Vio su propia expresión en el espejo al pasar. Tenía cerca de cincuenta años; pero no le era difícil admitir que todavía, como mostraba el espejo, era un hombre elegante y atractivo.

—¡Pobre Sissy Miller! —dijo, casi riéndose. ¡Cómo le habría gustado compartir esa broma con su esposa! Tomó el diario instintivamente. «Gilbert», leyó, al abrirlo al azar, «estaba maravilloso...». Era como si ella hubiera respondido a su pregunta. Por supuesto, parecía decir, tú eres muy atractivo para las mujeres. Es claro que Sissy Miller lo sintió también. Siguió leyendo, «¡Qué orgullosa me siento de ser su esposa!». Y él había estado siempre muy orgulloso de ser su marido. Con qué frecuencia,

cuando cenaban fuera, él la había mirado por encima de la mesa y se había dicho: «¡Es la mujer más encantadora del salón!». Volvió a leer. El primer año, cuando se presentó como candidato al Parlamento, habían recorrido juntos todo su distrito electoral. «Cuando Gilbert se sentó, los aplausos fueron abrumadores. Todo el público se puso de pie y cantó: “Porque es un buen compañero”. Me emocioné mucho.» Él también lo recordaba. Ella estaba sentada en el estrado, a su lado. Gilbert podía ver todavía la mirada que le dedicó, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Y después? Dio vuelta las páginas. Habían ido a Venecia. Recordaba esas vacaciones felices después de la elección. «Tomamos helados en Florians». Sonrió. Ella era como una niña todavía, le encantaban los helados. «Gilbert me hizo un interesantísimo relato de la historia de Venecia. Me contó sobre los Duces...», había escrito con su letra de escolar. Uno de los placeres de viajar con Ángela era que siempre estaba dispuesta a aprender. Era tan terriblemente ignorante, solía decir, como si no fuera uno de sus encantos. Y entonces –abrió el tomo siguiente– habían vuelto a Londres. «Estaba tan ansiosa de dar una buena impresión. Usé mi vestido de novia». Podía verla todavía sentada junto al viejo Sir Edward; había conquistado a aquel hombre formidable, su jefe. Leyó rápidamente rememorando una escena tras otra a partir de los fragmentos deshilvanados. «Cenamos en la Cámara de los Comunes... Fuimos a una velada en Lovegroves. Lady L. me preguntó si me daba cuenta de la responsabilidad que implica ser la esposa de Gilbert». Luego, mientras pasaban los años –tomó otro volumen del escritorio– él se había visto cada vez más absorbido por su trabajo. Y ella, claro, pasaba más tiempo sola. Había sido doloroso para ella, le parecía, no haber tenido hijos. «¡Cómo deseo», leyó en una entrada, «que Gilbert pudiera tener un hijo!». Por extraño que parezca, él nunca lo había lamentado demasiado. La vida había sido tan rica y plena tal como era. Ese año había conseguido un puesto menor

en el gobierno. Solo un puesto menor, pero el comentario de ella fue: «¡Estoy completamente segura de que llegaré a ser Primer Ministro!». Bueno, si las cosas hubieran sido de otro modo, tal vez habría resultado posible. Se detuvo un momento a especular sobre cómo podrían haber sido las cosas. La política era un juego de apuestas, pensó, pero la partida aún no había terminado. No a los cincuenta años. Pasó los ojos, rápido, sobre otras páginas llenas de pequeños detalles, detalles insignificantes y felices con los que Ángela había hecho su vida.

Levantó otro volumen y lo abrió al azar. «¡Qué cobarde soy! ¡He vuelto a dejar pasar la oportunidad! Pero me parecía egoísta molestar a Gilbert con mis asuntos cuando él tiene tanto en qué pensar. Y tan pocas veces pasamos una noche solos». ¿Qué significaba eso? Ah, aquí estaba la explicación: se refería a su trabajo en el East End. «Tomé coraje y hablé con Gilbert por fin. Fue tan gentil, tan bueno. No puso ninguna objeción». Él se acordaba de esa conversación. Ella le había dicho que se sentía tan ociosa, tan inútil. Que le gustaría tener un trabajo propio. Quería hacer algo –se había sonrojado de una manera deliciosa, recordó Gilbert, mientras hablaba sentada en esa misma silla– a favor de los demás. Él había bromeado un poco. ¿No tenía suficiente cuidándolo a él, cuidando la casa? De todos modos, si eso la divertía, por supuesto que no tenía ninguna objeción. ¿De qué se trataba? ¿Era un distrito? ¿Un comité? Solo debía prometerle que no se enfermaría. Todos los miércoles, entonces, iba a Whitechapel. Él recordó cómo odiaba la ropa que ella se ponía en esas ocasiones. Pero Ángela se lo había tomado muy en serio, parecía. El diario estaba lleno de referencias como esta: «Vi a la señora Jones... Tiene diez hijos... El marido perdió un brazo en un accidente... Hice lo que pude para conseguirle un empleo a Lily». Se saltó una parte. Su nombre aparecía cada vez menos. Por ejemplo: «He tenido una acalorada discusión sobre el socialismo con B. M.». ¿Quién sería B. M.? No

se daba cuenta a quién correspondían las iniciales; alguna mujer, supuso, que habría conocido en algún comité. «B. M. hizo un violento ataque contra las clases altas... Caminé después del mitin con B. M. y traté de convencerlo. Pero es muy cerrado». De modo que B. M. era un hombre, sin duda uno de esos «intelectuales», como se llaman a sí mismos, tan violentos y cerrados, como decía Ángela. Ella lo invitó a venir a visitarla, aparentemente. «B. M. vino a cenar. ¡Le dio la mano a Minnie!». Esos signos de exclamación terminaron de completar la imagen que se estaba formando. B. M., según parecía, no estaba acostumbrado a las criadas; le había estrechado la mano a Minnie. Presumiblemente era uno de esos trabajadores domesticados que airean sus ideas en los salones de las damas. Gilbert conocía muy bien a esa clase de hombres, y no sentía ninguna simpatía por aquel espécimen, fuera quien fuera el tal B. M. Aquí aparecía de nuevo. «Fui con B. M. a la Torre de Londres... Dijo que la revolución está a punto de estallar... Dijo que vivimos en el Paraíso de los Idiotas». Esa es la clase de cosas que B. M. podría decir; a Gilbert le parecía escucharlo. Incluso podía verlo con bastante precisión: un hombrecito macizo, de barba descuidada, corbata roja y traje de tweed como todos los hombres de su clase, y que seguramente no había trabajado honradamente ni un solo día de su vida. ¿Ángela tendría el sentido común suficiente como para darse cuenta? Volvió a leer. «B. M. dijo cosas desagradables acerca de ...». El nombre estaba tachado. «Le dije que no toleraría más insultos acerca de ...». Otra vez el nombre había sido tachado. ¿Sería el suyo? ¿Era por eso que Ángela tapaba la página, rápido, cuando él entraba? Ese pensamiento aumentó su creciente antipatía por B. M. Había sido tan impertinente como para discutir sobre él en este mismo cuarto. ¿Por qué Ángela nunca se lo contó? Era extraño que le ocultara cosas; siempre había sido la inocencia en persona. Volvió las páginas, buscando cada referencia a B. M. «B. M. me contó la historia de su infancia. Su madre

limpiaba casas... Cuando pienso en eso se me hace difícil vivir entre tanto lujo... ¡Tres guineas por un sombrero!». ¡Si al menos hubiera discutido el asunto con él en vez de confundir su pobre cabecita con cuestiones difíciles de entender para ella! Le había prestado libros: *Karl Marx y la revolución futura*. Las iniciales B. M., B. M., B. M., se repetían. ¿Por qué nunca el nombre completo? Había una informalidad, una intimidad en el uso de las iniciales, que era muy extraño en Ángela. ¿Le llamaría B. M. cuando lo tenía delante? Siguió leyendo. «B. M. cayó sin avisar después de la cena. Por suerte, estaba sola». Hacía tan solo un año de eso. «Por suerte» —¿por qué por suerte?— «estaba sola». ¿Dónde estaba él esa noche? Buscó la fecha en su agenda. Había sido la noche de la cena en Mansion House. ¡Y B. M. y Ángela habían pasado la velada juntos! Trató de recordar aquella noche. ¿Ella lo estaba esperando cuando llegó? ¿El cuarto estaba como siempre? ¿Había vasos en la mesa? ¿Estaban las sillas juntas? No recordaba nada, nada de nada. Nada, salvo su propio discurso en Mansion House. La situación se hacía cada vez más inexplicable: su mujer recibiendo sola a un hombre desconocido. Quizás en el próximo tomo estuviera la explicación. De prisa tomó el último de los diarios, el que ella había dejado inconcluso a su muerte. Allí, en la primera página, estaba ese maldito individuo otra vez. «Cené sola con B. M. Estaba muy agitado. Dijo que era hora de hablar con claridad... Intenté que me escuchara. Pero él no quería. Amenazó con que si yo no...» el resto de la página estaba tachado. Había escrito «Egipto, Egipto, Egipto» en toda la página. Gilbert no podía articular palabra, pero había una única interpretación posible: el sinvergüenza le había pedido que fuera su amante. ¡A solas en esta misma habitación! La sangre se le subió a la cabeza. Pasó las páginas a toda prisa. ¿Qué le había respondido ella? Las iniciales desaparecieron; ahora era simplemente «él». «Ha venido otra vez. Le dije que todavía no he podido tomar ninguna decisión. Le supliqué

que me dejase». ¿La había forzado en esta misma casa? ¿Por qué Ángela no le contó nada? ¿Era posible que ella hubiera dudado siquiera un instante? Luego: «Le escribí una carta». Luego las páginas estaban en blanco. Más adelante: «Ninguna respuesta a mi carta». Más páginas en blanco, y luego esto: «Cumplió su amenaza». Y después, ¿qué venía después de esto? Pasó una página tras otra. Todas estaban en blanco. Hasta que allí, justo el día antes de su muerte, se podía leer esta entrada: «¿Tendré el coraje de hacerlo yo también?». Ese era el final.

Gilbert Clandon dejó caer el diario al suelo. Veía a Ángela delante de él. La veía parada en la acera de Piccadilly. Los ojos fijos, los puños apretados. El coche se acercaba...

No pudo soportarlo. Debía saber la verdad. Corrió al teléfono.

—¡Señorita Miller!—. Hubo un silencio. Luego escuchó que algo se movía en la habitación.

—Habla Sissy Miller —respondió al fin la voz de la secretaria.

—¿Quién es B. M.? —casi gritó Gilbert Clandon.

Oyó el tic-tac del reloj barato sobre la repisa de la chimenea de la señorita Miller; después un suspiro largo. Finalmente ella contestó:

—Era mi hermano.

*Era* su hermano; el hermano que se había suicidado.

—¿Está usted ahí —oyó preguntar a Sissy Miller —.

¿Hay algo que pueda explicarle?

—¡No! —exclamó—. ¡Nada!

Había recibido su legado. Ángela le había contado la verdad. Se había arrojado a la calle para reunirse con su amante. Se había arrojado a la calle para escapar de él.





## Lappin y Lapinova

Ya estaban casados. Todavía se escuchaba la marcha nupcial; volaban palomas y unos niños con chaquetas Eton arrojaban puñados de arroz. Un fox terrier venía corriendo por el sendero. Ernest Thorburn condujo a la novia al coche atravesando la pequeña multitud de extraños que siempre se congrega en Londres para gozar con la felicidad o la infelicidad de los otros. Por cierto, él estaba muy buen mozo y ella parecía tímida. Les tiraron más arroz y el coche arrancó.

Eso fue el martes. Ahora era sábado. Rosalind no se había acostumbrado todavía al hecho de ser la señora de Ernest Thorburn. Tal vez nunca se acostumbraría a ser la señora de ningún Ernest, pensó, sentada frente al ventanal del hotel mirando las montañas detrás del lago, mientras esperaba que su marido bajara a desayunar. Ernest era un nombre al que no le resultaba fácil acostumbrarse. No era un nombre que ella habría elegido. Hubiera preferido Timothy, Anthony o Peter. Además, él no tenía cara de Ernest. Ese nombre hacía pensar en el Memorial del Príncipe Alberto, en aparadores de caoba, grabados del príncipe consorte y su familia; es decir, en el comedor de su suegra en Porchester Terrace.

Pero aquí estaba él. Gracias a Dios no tenía cara de Ernest. ¿Cara de qué, tenía? Le echó un vistazo de reojo. Bueno, cuando comía tostadas parecía un conejo. Nadie más le habría visto a este hombre joven, elegante, musculoso, de nariz recta, ojos azules y boca firme, ese parecido con una criatura tan diminuta y tímida como un conejo. Pero eso lo hacía más divertido. La nariz se le arrugaba ligeramente cuando comía, igual que el conejo de Rosalind. Se

quedó observando su forma de arrugar la nariz y cuando él la sorprendió mirándolo, tuvo que explicar por qué se reía.

—Porque pareces un conejo, Ernest —dijo—. Un conejo silvestre —agregó, mirándolo—. Un conejo cazador, un Conejo Rey, un conejo que dicta las leyes a todos los demás conejos.

Ernest no puso ninguna objeción a ser un conejo de esa clase, y ya que a ella le divertía ver cómo se arrugaba su nariz (él no sabía que su nariz se arrugaba) lo hizo a propósito. Y ella no paraba de reír y él reía también, de modo que las doncellas, el pescador y el mozo suizo con su manchada chaqueta negra no se equivocaron: eran muy felices. Pero ¿cuánto dura esa felicidad? se preguntaban; y cada uno se respondía según sus propias circunstancias.

A la hora del almuerzo, sentados sobre un montón de brezo a la orilla del lago, Rosalind preguntó:

—¿Quieres un poco de lechuga, conejito? —y levantó la lechuga que habían traído para comer con huevos duros—. Ven y tómalas de mi mano —añadió, y él se acercó para morderle la lechuga, frunciendo la nariz.

—Buen conejo, lindo conejito —dijo ella, palmeándolo como hacía con su conejo en casa. Pero aquello era absurdo. Fuera lo que fuera, él no era un conejo doméstico. Decidió traducirlo al francés: —Lapin —lo llamó. Pero fuera lo que fuera, él no era un conejo francés. Era solo y simplemente un conejo inglés, nacido en Porchester Terrace, educado en Rugby y ahora empleado en la administración pública de Su Majestad. Así que probó a llamarlo «Bunny», pero fue peor. «Bunny» era alguien rechoncho, suave y cómico, mientras que él era delgado, fuerte y serio. Y sin embargo arrugaba la nariz.

—Lappin —exclamó ella de pronto y dio un gritito como si hubiera encontrado la palabra adecuada que estaba buscando.

–Lappin, Lappin, Rey Lappin –repetió. Parecía caerle a la perfección; él no era Ernest, era el Rey Lappin. ¿Por qué? Rosalind no lo sabía.

Cuando no tenían nada nuevo de qué hablar en sus largos y solitarios paseos; cuando llovía, tal como todo el mundo les había advertido, o cuando se sentaban junto al fuego al atardecer porque hacía frío y las doncellas y el pescador ya se habían marchado y el camarero solo venía si lo llamaban, ella dejaba volar su fantasía sobre la tribu Lappin. Bajo sus manos –ella cosía, él leía– los Lappin parecían muy reales, muy vívidos, muy divertidos. Ernest dejaba a un lado el periódico y la ayudaba. Había conejos negros y rojos, había conejos amigos y enemigos. Vivían en un bosque, cerca había praderas y un pantano. Arriba de todo estaba el Rey Lappin, quien lejos de tener una única habilidad (la de arrugar la nariz), a medida que pasaban los días se convertía en un animal de gran carácter. Rosalind siempre estaba descubriendo en él nuevas cualidades. Pero sobre todo era un gran cazador.

–¿Y qué hizo hoy el Rey? –preguntó Rosalind el último día de la luna de miel.

De hecho, habían pasado el día escalando la montaña y a ella le había salido una ampolla en el talón, pero no se refería a eso.

–Hoy –dijo Ernest, arrugando la nariz, mientras mordía la punta de su cigarrillo– hoy ha cazado una liebre.

Hizo una pausa; prendió un fósforo y volvió a arrugar la nariz.

–Una liebre hembra –agregó.

–¡Una liebre blanca! –exclamó Rosalind, como si estuviera esperando esa noticia–. ¿Una liebre bastante pequeña, gris plateada con grandes ojos brillantes?

–Sí –dijo Ernest, mirándola como ella lo había mirado a él–. Un animalito más bien pequeño, con los ojos saltones y dos patitas delanteras levantadas–. Así era exactamente como ella estaba sentada, con la costura colgando entre

las manos, y sus ojos, grandes y brillantes, eran en verdad un poco saltones.

—Ah, Lapinova —murmuró Rosalind.

—¿Así se llama la verdadera Rosalind? —dijo Ernest y la miró. Se sintió muy enamorado de ella.

—Sí, así se llama —dijo Rosalind—. Lapinova—. Y esa noche, antes de acostarse todo quedó establecido. Él era el Rey Lappin, ella era la Reina Lapinova. Eran totalmente opuestos; él era audaz y decidido; ella, cautelosa e insegura. Él reinaba sobre el bullicioso mundo de los conejos; el mundo de ella era un sitio desolado y misterioso, por el que solía vagar a la luz de la luna. De todos modos, sus territorios se tocaban: eran el Rey y la Reina.

Así, al regreso de la luna de miel tenían un mundo privado, habitado solo por conejos, con la única excepción de la liebre blanca. Nadie imaginaba que existiese ese lugar, y eso, por supuesto, lo hacía más divertido. Los hacía sentir, incluso —más que la mayoría de las parejas jóvenes— unidos contra el resto del mundo. A menudo se miraban con complicidad cuando la gente hablaba de conejos, bosques, trampas y cacerías. O intercambiaban guiñadas de un lado a otro de la mesa cuando la tía Mary dijo que no soportaría ver una liebre en una fuente, porque parecían bebés, o cuando John, el hermano deportista de Ernest, comentó el precio que habían alcanzado los conejos ese otoño en Wiltshire, con piel y todo. A veces, cuando necesitaban un guarda-bosques, un cazador furtivo o un señor feudal, se divertían distribuyendo los papeles entre sus amigos. La madre de Ernest, la señora de Reginald Thorburn, por ejemplo, hacía a la perfección el papel de terrateniente. Pero era todo en secreto, eso era lo principal; nadie más que ellos sabía de la existencia de aquel mundo.

Sin ese mundo, se preguntaba Rosalind, ¿cómo podría haber sobrevivido a ese invierno? Por ejemplo, el día del festejo de las bodas de oro, cuando todos los Thorburn se reunieron en Porchester Terrace para celebrar los cincuenta

años de esa unión que había sido tan bendecida –¿no había producido acaso a Ernest Thorburn?– y tan prolífica –¿no había producido otros nueve hijos e hijas más, por si fuera poco, muchos de ellos casados y con hijos?–. A Rosalind la aterrizzaba esa fiesta, pero no podía faltar. Mientras subía las escaleras recordó con cierta amargura que era hija única y además huérfana, una mera gota entre aquellos Thorburn reunidos en el gran salón cubierto de papel satinado, con esos imponentes retratos familiares. Los Thorburn vivos se parecían mucho a los retratos, salvo que tenían labios reales en lugar de pintados. A propósito de esto empezaron las historias cómicas, cuentos sobre la época del colegio, de cuando le quitaron la silla a la institutriz; historias de ranas y de cómo las habían metido entre las virginales sábanas de unas viejas solteronas. En cuanto a ella, ni siquiera sabía lo que era hacer una trampa en una cama. Con su regalo en la mano se acercó a su suegra, suntuosa con su vestido de satén amarillo, y a su suegro, que lucía un clavel del mismo color en la solapa.

Alrededor, en mesas y sillas, estaban los regalos de oro; algunos exhibidos entre algodones, otros ramificándose resplandecientes –candelabros, cigarreras, cadenas– todos con el sello del joyero como garantía de que eran de oro sólido, auténtico. Pero su regalo era solo una pequeña caja de aleación barata con agujeritos, una antigua pieza del siglo dieciocho que se utilizaba para salpicar arena sobre la tinta húmeda. Un regalo un poco absurdo –pensó ahora– en la época del papel secante. Y en el momento de entregarlo vio ante sus ojos la letra redonda de su suegra el día de su compromiso, cuando le expresó su esperanza de que «Mi hijo te haga feliz». No, no era feliz. En absoluto. Miró a Ernest, tieso como una vara, con una nariz como todas las narices de los retratos familiares, una nariz que nunca se arrugaba.

Luego bajaron a cenar. Ella quedó semiescondida detrás de los grandes crisantemos que cerraban sus pétalos

rojos y dorados formando grandes capullos compactos. Todo era dorado. Una tarjeta con los bordes dorados y las iniciales entrelazadas, también doradas, enumeraba la lista de los platos que se servirían. Rosalind hundió la cuchara en un plato lleno de un líquido claro y dorado. La niebla blanquecina del exterior se había transformado bajo la luz de las lámparas en una atmósfera áurea que difuminaba los contornos de los platos y daba a los ananás una pátina dorada y rugosa. Solo ella, con su blanco vestido de novia, mirando hacia adelante con sus ojos saltones, parecía insoluble como un carámbano.

A medida que avanzaba la cena, sin embargo, la habitación se fue llenando de vapor. Gotas de sudor aparecían en las frentes de los hombres. Ella sintió que su carámbano se volvía agua. Se estaba derritiendo, dispersándose, disolviéndose, y pronto se desvanecería. Entonces, entre el oleaje de su cabeza y el bullicio de sus oídos escuchó la voz de una mujer que exclamaba:

—¡Cómo se reproducen!

Los Thornburn... sí; hay que ver cómo se reproducen, repitió Rosalind, mirando las rojas caras redondas que parecían duplicarse en aquel mareo que la invadía y crecer en la neblina dorada que los envolvía a todos. Cómo se reproducen. Entonces John gritó:

—¡Malditos bichos! ¡Hay que dispararles! ¡Pisotearlos! ¡Es la única manera de terminar con los conejos!

Al escuchar esa palabra, esa palabra mágica, Rosalind revivió. Espiando entre los crisantemos vio que Ernest arrugaba la nariz. La fruncía, la arrugaba una y otra vez. Y entonces una misteriosa catástrofe cayó sobre los Thornburn. La mesa dorada se convirtió en un páramo lleno de arbustos espinosos; el ruido de las voces se transformó en una risa de alondra que resonaba desde el cielo. Un cielo azul donde las nubes pasaban lentamente. Y todos los Thornburn habían cambiado. Rosalind miró a su suegro, un hombrecito escurridizo con los bigotes teñidos. Tenía

la manía de coleccionar cosas: sellos, cajas esmaltadas, baratijas de tocadores del siglo XVIII, y las escondía en los cajones de su escritorio para que no las viera su mujer. Ahora lo veía como era realmente: un cazador furtivo, con el abrigo repleto de faisanes y perdices robadas para cocinar a escondidas en la olla de tres patas de su pequeña cabaña llena de humo. Así era verdaderamente su suegro: un cazador furtivo. Y Celia, la hija soltera, siempre husmeando en los secretos de la gente, en las pequeñas cosas que los demás intentaban ocultar, era una comadreja blanca con ojos rosados y una nariz manchada de tierra de tanto hurgar en el suelo. Cargada en hombros, en una red y luego arrojada en un agujero... una vida lamentable, la de Celia. Pero ella no tenía la culpa. Así fue cómo vio a Celia. Y después se puso a mirar a su suegra, a la que llamaban «La terrateniente». Colorada de cara, vulgar, bravucona... era todo eso mientras daba las gracias de pie. Pero ahora que Rosalind —es decir, Lapinova— la vio, vio también la decadencia de la casa familiar, las paredes descascarándose, y la escuchó con amargura en la voz, agradeciendo a sus hijos (que la odiaban) por un mundo que había dejado de existir. De pronto se hizo un silencio. Estaban todos de pie con las copas levantadas; bebieron y entonces todo terminó.

—¡Oh, Rey Lappin! —exclamó Rosalind cuando volvían a casa juntos, cruzando la niebla— ¡si no hubieras arrugado la nariz en ese preciso instante, me habrían atrapado!

—Pero estás a salvo —contestó el Rey Lappin, apretando su patita.

—A salvo —repitió ella.

Y condujeron el coche a través del parque, ellos, el Rey y la Reina del pantano, de la niebla y de los páramos perfumados por los arbustos silvestres.

Entonces pasó el tiempo; un año, dos años. Y en una noche de invierno, que por casualidad coincidió con el aniversario de aquellas bodas de oro —aunque la señora Reginald Thorburn había muerto; la casa había sido alquilada

y solo vivía allí un guardián— Ernest volvió de la oficina. Tenían una linda casita de altos, encima de una tienda de talabartería en South Kensington, cerca de la estación del metro. Era una noche fría y brumosa, y Rosalind estaba sentada cerca del fuego, cosiendo.

—¿A qué no sabes lo que me pasó hoy? —preguntó no bien él se sentó con las piernas estiradas hacia el fuego—. Iba cruzando el arroyo cuando...

—¿Qué arroyo? —la interrumpió Ernest.

—El arroyo de abajo, donde nuestro bosque se junta con el bosque negro —explicó.

Ernest quedó completamente en blanco, por un momento.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó.

—¡Mi querido Ernest! —exclamó, consternada—. Rey Lappin —agregó, frotando las patitas al calor de las llamas. Pero la nariz de él no se arrugó. Las manos de ella (eran manos otra vez) se aferraron a la tela que estaba cosiendo, los ojos casi se le salían de las órbitas. A Ernest Thorburn le tomó por lo menos cinco minutos volver a ser el Rey Lappin; y mientras ella esperaba, sentía una presión en la nuca, como si alguien se la apretara. Por fin él se convirtió en el Rey Lappin; su nariz se arrugó y pasaron la noche vagando por el bosque como de costumbre.

Pero Rosalind durmió mal. Se despertó en medio de la noche, sintiendo que algo extraño le había sucedido. Estaba rígida y fría. Encendió la luz y miró a Ernest, a su lado. Parecía dormido. Roncaba. Pero aunque roncaba, su nariz permanecía completamente inmóvil, como si jamás se hubiera arrugado. ¿Era posible que ese hombre fuera realmente Ernest y que realmente ella se hubiera casado con él? Le vino a la mente la imagen del comedor de su suegra. Y allí estaban sentados, ella y Ernest, ya viejos, entre los grabados y frente al aparador. Era el día de sus bodas de oro. No pudo soportarlo.



–¡Lappin, Rey Lappin! –murmuró, y por un momento la nariz de él pareció arrugarse espontáneamente. Pero seguía durmiendo–. ¡Despiértate, Lappin, despiértate! –gritó.

Ernest despertó y al verla allí sentada, muy erguida a su lado, preguntó:

–¿Qué pasa?

–¡Creí que mi conejo había muerto! –gimió Rosalind.

Ernest estaba furioso:

–No digas tonterías, Rosalind –dijo–. Acuéstate y duérmete.

Se dio vuelta. En un momento estaba dormido y roncaba.

Pero ella no podía dormir. Estaba acurrucada de su lado de la cama, como una liebre en su madriguera. Se había vuelto hacia la luz, pero el farol de la calle apenas iluminaba el techo y los árboles de afuera dibujaban en él una especie de encaje, como un bosque sombrío por el que Rosalind vagaba, merodeaba, se daba vuelta, salía y entraba, cazando, siendo cazada, escuchando el aullido de los perros y el ruido de los cuernos; huía, escapaba... hasta que la mucama abrió las persianas y trajo el té de la mañana.

Ese día no logró concentrarse en nada. Sentía como si hubiera perdido algo. Como si su cuerpo hubiese encogido y se hubiera vuelto pequeño, negro y rígido. También sentía las articulaciones tiesas, y al mirarse al espejo –cosa que hizo varias veces mientras daba vueltas por la casa– sus ojos parecían salirse de las órbitas, como uvas en un pastel. Las habitaciones también parecían haberse encogido. Los muebles eran grandes y estaban ubicados de manera extraña y tropezaba con ellos. Finalmente se puso el sombrero y salió a la calle. Caminó por Cromwell Road; y cada casa que espía al pasar le parecía un salón donde la gente comía sentada bajo grabados de metal, con gruesas cortinas de encaje amarillo y aparadores de caoba. Al fin, llegó al Museo de Historia Natural; le gustaba ir allí de niña. Pero lo primero que vio al entrar fue una liebre disecada, con

ojos de vidrio rosado, sentada sobre nieve falsa. La visión la hizo temblar de pies a cabeza. Tal vez se sentiría mejor al caer la tarde. Volvió a casa y se sentó junto al fuego, sin encender la luz y trató de imaginar que estaba sola en el páramo; por el páramo corría un arroyo y más allá había un bosque oscuro. Pero no podía ir más allá del arroyo. Por fin se sentó en cuclillas en la orilla, sobre el pasto húmedo; se acurrucó en la silla, con las manos colgando y los ojos, brillantes a la luz de la lumbre, como cristales. Entonces se escuchó un disparo... Rosalind se sobresaltó como si le hubieran pegado un tiro. Pero solo era Ernest que giraba la llave de la puerta. Esperó, temblando. Él entró y encendió la luz. Allí estaba, y así lo vio ella: alto, apuesto, frotándose las manos rojas de frío.

—¿Sentada en la oscuridad? —preguntó.

—¡Oh, Ernest, Ernest! —exclamó ella, levantándose de la silla.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —preguntó, con brusquedad, mientras acercaba las manos al fuego para calentarse.

—Es Lapinova... —balbuceó, mirándolo fijamente, como fuera de sí, con sus grandes ojos alarmados—. Se ha ido, Ernest. ¡La he perdido!

Ernest frunció el entrecejo. Apretó los labios.

—¿Ah, era eso? —preguntó con una sonrisa fría y distante. Durante diez segundos permaneció allí parado, en silencio; y ella esperó, sintiendo que unas manos le apretaban la nuca.

—Sí —dijo él, al fin—. Pobre Lapinova...

Se ajustó la corbata frente al espejo de la repisa de la chimenea.

—Cayó en una trampa —agregó—. La mataron—. Y se sentó a leer el periódico.

Y ese fue el fin de este matrimonio.

## La Duquesa y el joyero

Oliver Bacon vivía en un apartamento en el piso más alto de un edificio con vista a Green Park. Las sillas estaban ubicadas en los ángulos correctos (sillas tapizadas en cuero) y los sofás colocados debajo de las ventanas (sofás tapizados en tela). Las ventanas, tres amplias ventanas, tenían delicados visillos y cortinas de satén estampado. El aparador de caoba estaba equipado con los necesarios whiskys, brandys y licores. Por la ventana central se veían los techos lustrosos de los flamantes coches aparcados en las estrechas calles de Piccadilly. Imposible imaginar una posición más céntrica. Y a las ocho de la mañana, Oliver Bacon tomaba su desayuno, servido en bandeja por un criado. El sirviente desdoblaba el batín bordó; Oliver abría las cartas con sus uñas afiladas y sacaba un montón de invitaciones blancas de papel grueso grabadas con los nombres de duquesas, condesas, vizcondesas y damas honorables. Después se lavaba, después comía su tostada, después leía su periódico junto al fuego brillante de carbón eléctrico.

«¡Fíjate, Oliver!», se decía a sí mismo. «Tú, que nacistes en un callejón de mala muerte, tú que...». Y se miraba las piernas, esbeltas en sus pantalones de corte perfecto; las botas, las polainas. Todo impecable, elegante, cortado de las mejores telas y las mejores tijeras de Savile Row. Pero con frecuencia se desarmaba y volvía a ser el niño de aquel oscuro callejón. Alguna vez había pensado que su mayor ambición sería vender perros robados a mujeres elegantes en Whitechapel. Y una vez lo había hecho. «Ay, Oliver», se lamentaba su madre, «¡Ay, Oliver! ¿Cuándo vas a sentar cabeza, hijo mío?». Entonces se colocó detrás

de un mostrador y vendió relojes baratos; después llevó un maletín a Amsterdam.... Cuando se acordaba se reía... el viejo Oliver recordando su juventud. Sí, lo había hecho bien con aquellos tres diamantes y también había recibido una comisión por la esmeralda. Más adelante se mudó a una habitación privada detrás de la tienda en Hatton Garden; la habitación con las balanzas, la caja fuerte y las gruesas lupas. Y después... y después... Lanzó una risita. Cuando en alguna tarde de calor pasaba junto a un grupo de joyeros que discutían sobre precios, minas de oro, diamantes y noticias de Sudáfrica, siempre alguno de ellos se tocaba la mejilla y murmuraba «hum..m..m», a su paso. No era más que un murmullo, una palmada en el hombro, un dedo en la mejilla, un zumbido que corría por el grupo de joyeros de Hatton Garden en una tarde calurosa, ¡hace tantos años! Pero todavía Oliver sentía que le corría por la espalda la palmada, el murmullo que significaba «Miren al joven Oliver, el joven joyero... ahí va él». Era joven entonces. Y se vestía cada vez mejor; tuvo primero un lindo cabrió-lé, después un coche. Al principio iba a la platea, luego al palco. Y tuvo una villa en Richmond con vista al río y enrejados de rosas rojas, y Mademoiselle cortaba una para él cada mañana y se la ponía en el ojal.

—Así que... —dijo Oliver Bacon, levantando y estirando las piernas—. Así que...

Se detuvo debajo del retrato de una vieja dama colocado en la repisa de la chimenea y levantó las manos:

—He cumplido mi palabra —dijo, mientras ponía las manos juntas, palma con palma, como si le estuviera rindiendo un homenaje—. Gané la apuesta.

Así fue. Era el vendedor de joyas más rico de Inglaterra; pero su nariz, que era larga y flexible como la trompa de un elefante, parecía decir, por el extraño temblor de sus aletas (aunque daba la impresión de que toda la nariz temblaba, no solo las narinas) que todavía no estaba satisfecho, que todavía olfateaba algo más, bajo la tierra, un poco más

lejos. Imaginen un cerdo gigante en un prado lleno de trufas; tras desenterrar una y otra más, todavía puede oler una más grande y más negra bajo la tierra, un poco más lejos. Así Oliver olfateaba siempre, en la rica tierra de Mayfer, otra trufa más negra, más grande todavía.

Ahora enderezó la perla de su alfiler de corbata, se puso su elegante sobretodo azul, tomó los guantes amarillos y el bastón, y fue balanceándolo mientras bajaba las escaleras, medio olisqueando, medio suspirando por la larga y afilada nariz en el momento de salir a Piccadilly. Porque, aunque hubiera ganado la apuesta, ¿no era todavía un hombre triste, un hombre insatisfecho, un hombre que buscaba siempre algo todavía escondido?

Se balanceaba ligeramente al caminar, como el camello del zoológico al andar por los caminos asfaltados, cargando a los tenderos y a sus mujeres, que comen lo que llevan en bolsas y arrojan trozos de papel plateado en el sendero. El camello desprecia a los tenderos; el camello está insatisfecho con su suerte; el camello ve el lago azul rodeado de palmeras ante sí. De esa manera, el gran joyero, el mejor joyero del mundo, bajaba balanceándose por Piccadilly, elegantemente vestido, con sus guantes y su bastón. Pero insatisfecho todavía, hasta llegar a su pequeña tienda oscura, famosa en Francia, Alemania, Austria, Italia y en toda América; la pequeña tienda oscura de Bond Street.

Como de costumbre, entró a la tienda sin decir palabra mientras los cuatro hombres, los dos viejos, Marshall y Spencer, y los dos jóvenes, Hammond y Wicks, allí parados, lo miraban con envidia. Él apenas reconoció su presencia moviendo un dedo enfundado en el guante color ámbar. Y entró a su despacho privado y cerró la puerta tras de sí.

Después sacó la traba que cerraba la ventana. El ruido de Bond Street penetró en la habitación, el zumbido del tráfico distante. Los reflectores de la parte trasera de la tienda apuntaban hacia arriba. Un árbol movió sus seis hojas verdes, porque era junio. Pero Mademoiselle se ha-

bía casado con el señor Pedder, el dueño de la cervecería local... y ahora nadie le prendía una rosa en el ojal.

—Así que —dijo, medio suspirando, medio rezongando—. Así que...

Luego tocó un resorte que había en la pared y el panel se abrió con lentitud, y detrás aparecieron las cajas fuertes de acero; cinco, no, seis, todas de acero bruñido. Giró una llave, abrió una, después otra. Cada una forrada de terciopelo rojo; en todas había joyas —brazaletes, collares, anillos, tiaras, coronas ducales; piedras sueltas en cajas de vidrio: rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes. Todas seguras, brillantes, frías y aún ardiendo eternamente con su propia luz comprimida.

—¡Lágrimas! —dijo Oliver, contemplando las perlas—. ¡Sangre del corazón! —agregó, mirando los rubíes—. ¡Pólvora! —siguió, agitando los diamantes para que lanzaran destellos y brillos—. Pólvora suficiente para volar Mayfair por los aires!—. Echó la cabeza hacia atrás y emitió un sonido parecido a un relincho de caballo.

El teléfono sonó con un timbre bajo desde su escritorio. Cerró la caja fuerte.

—En diez minutos —dijo—. Antes imposible.

Y se sentó en su escritorio y miró las cabezas de los emperadores romanos grabadas en los gemelos de su camisa. Y otra vez se desmoronó y volvió a convertirse en el niño que jugaba a las bolitas en el callejón donde vendían perros robados los domingos. Volvió a ser el niño, taimado y astuto, con labios como húmedas cerezas. Metía los dedos en montones de tripas; los hundía en sartenes de pescado frito; se escabullía entre la multitud. Era esbelto, ágil, con ojos como piedras pulidas. Y ahora las agujas del reloj avanzaban, uno, dos, tres, cuatro... La Duquesa de Lambourne lo esperaba. La Duquesa de Lambourne, descendiente de cien condes. Ella lo esperaría diez minutos en una silla junto al mostrador. Esperaría a su disposición. Ella lo esperaría hasta que él estuviera listo para atenderla.

Él miró su reloj en su caja de cuero. Las agujas se movían y con cada tic tac parecía ofrecerle paté de *foie gras*, una copa de champagne, otra de buen brandy, un cigarro de una guinea. El reloj los ponía sobre su mesa mientras corrían los diez minutos. Luego escuchó suaves pasos acercándose; un susurro en el pasillo. La puerta se abrió. El señor Hammond se pegó contra la pared.

—¡Su Excelencia! —anunció. Y esperó allí, pegado a la pared.

Oliver se puso de pie; podía oír el roce del vestido de la Duquesa, acercándose por el pasillo. Enseguida apareció ella y ocupó por completo el umbral de la puerta; llenó la habitación del perfume, el prestigio, la arrogancia, la pompa y el orgullo de todos los duques y las duquesas alzados en una misma ola. Y como rompe una ola, ella se derramó al sentarse, salpicando, desparramándose sobre Oliver Bacon, el gran joyero, cubriéndolo con vivos y brillantes colores, verde, rosa, violeta, de perfumes y de iridiscencias; de rayos que salían de sus dedos, que surgían de sus plumas, que centelleaban en la seda. Porque era una mujer muy grande, muy gruesa, enfundada en tafeta rosa, y ya había pasado sus mejores años. Como una sombrilla llena de volantes que se cierra, como un pavo real con muchas plumas que pliega sus alas, así se replegó la Duquesa en el sillón de cuero.

—Buenos días, señor Bacon —dijo la Duquesa y extendió la mano recién salida de su guante blanco. Oliver hizo una reverencia al estrecharla. Y mientras las manos se estrechaban, el vínculo que los unía volvió a reavivarse. Eran amigos, pero también enemigos. Él era un señor, ella una señora. Se engañaban, se necesitaban, se temían. Lo sentían y lo sabían cada vez que se estrechaban las manos en la pequeña habitación oscura, con la luz blanca afuera, el árbol con las seis hojas, el sonido de la calle a la distancia y las cajas fuertes a sus espaldas.

—Dígame, Duquesa, ¿qué puedo hacer por usted hoy?

La Duquesa abrió su corazón de par en par. Y con un suspiro, pero sin decir palabra, sacó de su cartera una bolsita alargada, de cuero, que parecía un delgado hurón amarillo. Y de una abertura en la panza del hurón dejó caer diez perlas. Rodaron desde la abertura en la panza del hurón, una, dos, tres, cuatro, como huevos de un ave celestial.

—Es todo lo que me queda, querido señor Bacon —gimió. Cinco, seis, siete perlas, rodaron por las laderas de las vastas montañas que descendían a un valle angosto entre sus rodillas. Ocho, nueve y diez. Allí estaban, en el resplandor de la tafeta color flor de durazno. Diez perlas.

—Del cinto de los Appleby —se lamentó—. Las últimas. Las últimas de todas.

Oliver se estiró y tomó una de las perlas entre el pulgar y el índice. Era redonda y lustrosa. ¿Pero era verdadera o falsa? ¿Le estaba mintiendo otra vez? ¿Se atrevería?

Ella se llevó un dedo regordete a los labios.

—Si el duque se enterara... —murmuró—. Querido señor Bacon, he tenido mala suerte...

¿Había vuelto a jugar?

—¡Ese villano! ¡Ese estafador! —exclamó la Duquesa.

¿El hombre del pómulo roto? Un mal bicho. Y el duque era recto como una vara, con sus patillas; la desheredaría, la encerraría si supiera lo que yo sé, pensó Oliver, y miró la caja fuerte.

—Araminta, Daphne, Diana —gimió— es por ellas.

Las señoritas Araminta, Daphne y Diana... sus hijas. Oliver las conocía; las adoraba. Pero amaba a Diana.

—Sabe usted todos mis secretos —dijo ella con malicia. Las lágrimas rodaron, cayeron como diamantes, llenándose de polvo de sus mejillas como flores del cerezo.

—Mi viejo amigo —murmuró— mi viejo amigo.

—Mi vieja amiga —repitió él—. Mi vieja amiga —como si saboreara las palabras—. ¿Cuánto quiere?

Ella cubrió las perlas con la mano.

—Veinte mil —susurró.



¿Pero era verdadera o falsa la que él tenía en la mano? ¿El cinto de los Appleby, no lo había vendido ya? Llamaría a Spencer o a Hammond. «Llévela y compruebe si es auténtica», le diría. Se estiró para tocar el timbre.

—¿Vendrá usted mañana? —lo interrumpió ella—. El Primer Ministro... Su Alteza Real... —se detuvo—. Y Diana... —agregó.

Oliver retiró la mano del timbre. Miró por la ventana, hacia las fachadas traseras de las casas de Bond Street. Pero no vio las casas, sino un río agitado y truchas y salmones. Y al Primer Ministro, y se vio a sí mismo también, con un chaleco blanco. Y a Diana. Volvió a mirar la perla que tenía en la mano. ¿Pero cómo podría verificarla, a la luz del río, a la luz de los ojos de Diana? La Duquesa tenía los ojos fijos en él.

—Veinte mil —gimió—. ¡Por mi honor!

¡El honor de la madre de Diana! Acercó la libreta de cheques. Tomó la lapicera.

Veinte... escribió. Y se detuvo. Los ojos de la mujer del retrato lo miraban, los ojos de su madre. «Oliver», le advertía. «¡Un poco de sensatez! ¡No seas tonto!».

—Oliver —suplicó la Duquesa. Ahora era «Oliver», no «Señor Bacon». ¿Vendrá a pasar el fin de semana largo?

¡Solo en el bosque con Diana! ¡Cabalgar en el bosque solo con Diana!

Mil, escribió, y firmó el cheque.

—Aquí tiene —dijo.

Entonces se abrieron todos los volantes de la sombrilla, las plumas del pavo real, el esplendor de la ola, las espadas y las lanzas de Agincourt, mientras la Duquesa se levantaba de la silla. Y los dos viejos y los dos jóvenes, Spencer y Marshall, Wicks y Hammond, se pegaron cuanto pudieron a la pared detrás del mostrador, envidiándolo mientras cruzaba la tienda en compañía de la Duquesa hacia la puerta. Oliver agitó el guante amarillo frente a sus caras

y ella llevaba su honor (un cheque de veinte mil libras con su firma) bien sujeto entre las manos.

¿Eran auténticas o falsas?, se preguntó Oliver al cerrar la puerta de su despacho privado. Allí estaban, diez perlas sobre el papel secante en el escritorio. Las llevó hasta la ventana. Las observó a la luz con su lente... ¡Esa era la trufa que había extraído de la tierra! ¡Podrida en el centro! ¡Podrida en el corazón!

—¡Oh, perdóname, madre!—suspiró, alzando las manos como pidiendo perdón a la mujer del retrato. Y otra vez fue aquel niño en el callejón donde vendían perros robados los domingos.

—Porque—murmuró, mientras unía las palmas de las manos— va a ser un fin de semana largo.

## Momentos de vida: «Los alfileres de Slater's no tienen punta»

—Los alfileres de Slater's no tienen punta... ¿te diste cuenta? —dijo la señorita Craye, volviéndose cuando el clavel se desprendió del vestido de Fanny Wilmot y Fanny se agachó con los oídos llenos de música, para buscar el alfiler en el suelo.

Las palabras produjeron una rara impresión en Fanny, mientras la señorita Craye tocaba el último acorde de la fuga de Bach. ¿De veras la señorita Craye actualmente iba a Slater's a comprar alfileres?, se preguntó Fanny, descolocada por un momento. ¿Se paraba frente al mostrador, esperaba como cualquier otro cliente y recibía el vuelto con la boleta de compra? ¿Metía los alfileres en la cartera, y una hora más tarde, desenvolvía los alfileres frente al tocador? ¿Qué necesidad de alfileres tenía la señorita Craye? Porque ella, más que vestida, andaba siempre «cubierta» como un escarabajo bajo su armadura, de azul en invierno y de verde en verano. Qué necesidad tenía ella de alfileres —Julia Craye— que vivía, al parecer, en el mundo fresco y cristalino de las fugas de Bach, tocando para sí misma lo que quería, aceptando solo a uno o dos estudiantes del Colegio de Música de Archer Street (eso decía la directora, la señorita Kingston, como un favor especial para ella, quien «la admiraba profundamente en todos los sentidos»). La señorita Craye había quedado en muy mala situación, temía la señorita Kingston, después de la muerte de su hermano. Ah, tenían cosas tan preciosas cuando vivían en Salisbury; su hermano Julius era un hombre muy reconocido, un famoso arqueólogo. Era un verdadero privilegio estar con

ellos, decía la señorita Kingston («Mi familia los conoce de toda la vida... eran gente conocida de Canterbury») aunque resultaban un poco intimidantes para una niña; había que tener cuidado de no golpear la puerta o entrar a la casa en forma intempestiva. La señorita Kingston, que hacía pequeñas caracterizaciones como esta el primer día de clase mientras recibía cheques y escribía los recibos, aquí sonreía. Sí, ella era un poco marimacho cuando era niña, entraba de un salto en la sala y hacía temblar las cerámicas romanas y los demás objetos de la vitrina. Los Craye no estaban acostumbrados a los niños. Ninguno de los Craye se había casado. Tenían gatos. Los gatos, pensaba ella, sabían tanto como cualquiera de urnas romanas y cosas por el estilo.

—¡Mucho más que yo! —dijo la señorita Kingston con vivacidad, mientras escribía su nombre sobre el sello con su letra alegre y elegante, pues siempre había tenido un gran sentido práctico. Así se ganaba la vida, después de todo.

Entonces, pensó Fanny Wilmot, mientras buscaba el alfiler, tal vez la señorita Craye dijo eso de que «los alfileres de Slater's no tienen punta» por decir algo. Ninguno de los Craye se había casado. Ella no podía saber nada sobre alfileres, nada de nada. Pero quería romper el hechizo que había caído sobre su casa, quebrar el vidrio que separaba a su familia del resto de las personas. Cuando Polly Kingston, esa alegre niñita, dio un portazo y saltaron en la repisa los vasos romanos, Julius, después de ver que ninguno se había dañado (esa había sido su primera reacción) la miró —porque la vitrina estaba al lado de la ventana— correr a casa a campo traviesa; la observó con esa expresión que a veces tenía su hermana, esa mirada fija, atenta.

«Estrellas, sol, luna», parecía decir, «la margarita en el césped, fuegos, escarcha en la ventana, mi corazón te busca», pero siempre parecía agregar «irrupes, pasas y te vas». Y al mismo tiempo abarcaba la intensidad de ambos estados de ánimo con «No puedo alcanzarte, no puedo llegar a ti», dicho con tristeza, con frustración. Y las

estrellas se desvanecían y la niña se iba. Ese era el hechizo, la superficie de vidrio que la señorita Craye quería romper para demostrar, interpretando magníficamente a Bach como recompensa a una de sus alumnas favoritas (Fanny Wilmot sabía que era la alumna favorita de la señorita Craye) que ella también sabía de alfileres, como otras personas. Los alfileres de Slater's no tienen punta.

Sí, el «famoso arqueólogo» había sido así también. «El famoso arqueólogo», como dijo ella mientras endosaba los cheques y ponía la fecha; hablaba de manera alegre y franca y había en la voz de la señorita Kingston un tono difícil de describir, que insinuaba algo extraño, algo fuera de lo común en Julius Craye. Era la misma cosa que resultaba extraña en Julia. Podría haber jurado, pensó Fanny Wilmot mientras buscaba el alfiler, que en alguna fiesta o en alguna reunión (el padre de la señorita Kingston era clérigo) ella había escuchado un chisme, o había sido solo una sonrisa o un tono especial al pronunciar aquel nombre, que le había dado a ella una «sensación» sobre Julius Craye. Está de más decir que nunca había hablado con nadie sobre esto. Es probable que ni siquiera supiera lo que quería decir con eso. Pero cuando hablaba de Julius, o escuchaba mencionarlo, era lo primero que se le venía a la mente. Y era un pensamiento seductor: había algo extraño en Julius Craye.

Julia le provocaba la misma sensación, sentada medio de costado sobre el taburete del piano, sonriendo. Está en el campo, está en la ventana, está en el cielo –la belleza– y no puedo alcanzarla. No puedo tenerla. ¡Yo –parecía agregar, apretando la mano de esa forma tan característica– que la adoro con tanta pasión, daría el mundo entero por poseerla! Y recogía el clavel que se había caído al suelo mientras Fanny buscaba el alfiler. Fanny sintió cómo lo estrujaba voluptuosamente entre sus manos suaves, venosas, cubiertas de anillos color agua con perlas incrustadas. La presión de sus dedos parecía resaltar lo más brillante de la flor, embellecerla, haciéndola más fresca, inmaculada.

Lo raro en ella, y tal vez también en su hermano, era que esa forma de tomar las cosas y estrujarlas iba acompañada de una perpetua frustración. Eso ocurría en este momento con el clavel. Tenía las manos en él, lo apretaba, pero no lo poseía, no lo disfrutaba por completo.

Ninguno de los Craye se había casado, recordó Fanny Wilmot. Le vino a la mente una tarde en que la clase duró más de lo habitual y ya era de noche cuando Julia Craye dijo: «Los hombres están, desde luego, para protegernos», sonriendo con esa sonrisa extraña mientras se abrochaba el abrigo, lo que la hacía, como la flor, tomar plena conciencia de su juventud y de su belleza, pero también, como la flor, sospechaba Fanny, la hacía sentir incómoda.

—Oh, pero yo no quiero que me protejan —se había reído Fanny, y cuando Julia Craye, fijando en ella su extraordinaria mirada, dijo que no estaba muy segura de eso, Fanny se ruborizó al notar la admiración que había en sus ojos.

Era para lo único que servían los hombres, había dicho. ¿Esa era la verdadera razón —se preguntó Fanny, mirando al suelo— por la que nunca se casó? Después de todo, no había vivido siempre en Salisbury. «La zona más bonita de Londres», había dicho una vez, «pero estoy hablando de hace quince o veinte años, es Kensington. En diez minutos estabas en los jardines; era como el corazón del país. Podías cenar fuera en pantuflas sin tomar frío. Kensington era como un pequeño pueblo entonces», había dicho.

Aquí se interrumpió para quejarse amargamente por las corrientes de aire en el metro.

«Para eso sirven los hombres», había dicho, con una extraña mordacidad. ¿Eso aclaraba de alguna forma el problema de por qué nunca se había casado? Uno podía imaginar todo tipo de escenas de su juventud, cuando, con esos bellos ojos azules, esa nariz recta y firme, su aire de serena distinción, su habilidad para tocar el piano, una rosa floreciendo con inocente pasión en la pechera del vestido de

muselina, había atraído primero a los jóvenes para quienes esas cosas –las tazas de porcelana, los candelabros de plata y la mesa taraceada (porque los Craye tenían cosas así de bonitas)– resultaban maravillosas; jóvenes no suficientemente distinguidos, jóvenes de la ciudad episcopal, con ambiciones. Primero los atraídos fueron estos y después los amigos de sus hermanos en Oxford y Cambridge. Venían en verano, la llevaban de paseo en bote, continuaban por carta con comentarios sobre Browning; y tal vez combinaban, en las raras ocasiones en que ella visitaba Londres, para llevarla a conocer... ¿los Jardines de Kensington?

«La zona más linda de Londres... Kensington. Estoy hablando de hace quince o veinte años», había dicho aquella vez. En menos de diez minutos estabas en los jardines, en el corazón del país. Uno podía imaginar lo que quisiera, pensó Fanny Wilmot. Elegir, por ejemplo, al señor Sherman, el pintor, un viejo amigo de ella. Hacer que la citara un día soleado de junio, que la invitara a tomar el té bajo los árboles. (Se habían encontrado, también, en esas fiestas en las que uno podía ir en pantuflas y no tomar frío). Una tía o algún otro pariente, esperaban allí mientras ellos contemplaban el río Serpentine. Contemplaban el Serpentine. Él la podía haber llevado en barco hasta la otra orilla. Lo compararon con el Avon. Ella se habría enojado con la comparación. La vista de los ríos era muy importante para ella. Se sentó algo encorvada, un poco en ángulo, aunque sin perder su gracia, al mando del bote. En el momento crítico, cuando él determinó que era el momento de hablar –era su única oportunidad de estar con ella a solas– debido a su nerviosismo habló sin mirarla, con la cabeza vuelta sobre el hombro en una postura absurda. Y justo en ese momento ella lo interrumpió con dureza. Iban hacia el puente, podían chocar, gritó. Fue un momento de horror, de desilusión, de revelación para ambos. No puedo tenerlo, no puedo poseerlo, pensó ella. Él no entendió entonces por qué había aceptado la invitación. Con un golpe de remo,

él hizo virar al bote. ¿Solo para desairarlo? La llevó hasta la orilla y le dijo adiós.

El escenario de esta escena puede variar según el gusto de cada uno, reflexionó Fanny Wilmot. (¿Dónde habrá caído ese alfiler?) Podría haber sucedido en Rávena o en Edimburgo, donde conservaba una casa de su hermano. La escena podría variar; y también el joven y el modo exacto en que ocurrió todo, pero una cosa permanecía constante: su rechazo y su enojo, su rabia consigo misma después y su alivio... sí, realmente un alivio inmenso. Al día siguiente, tal vez se levantaba a las seis, se ponía su abrigo y caminaba desde Kensington hasta el río. Se sentía tan agradecida de no haber sacrificado su derecho de ir a ver las cosas cuando están en su mejor momento: antes de que todos despierten. Podría haber desayunado en la cama si hubiera querido. No había sacrificado su independencia.

Sí, Fanny Wilmot sonrió: Julia no había puesto en peligro sus costumbres. Estaban a salvo; y habrían sufrido si ella se hubiera casado. «Son unos ogros», había dicho una tarde, medio en broma, cuando otra alumna, una chica recién casada, recordó de pronto que tenía una cita con su marido y salió precipitadamente.

«Son ogros», había dicho, riendo de manera un poco forzada. Un ogro habría interferido quizás en su desayuno en la cama y en sus paseos al río. ¿Qué podría haber pasado (aunque resultaba difícil imaginarlo) si hubiera tenido hijos? Tomaba asombrosas precauciones contra los resfríos, la fatiga, la comida pesada o poco sana, las corrientes de aire, las habitaciones calefaccionadas, los viajes en metro, porque no sabía cuál de todas estas cosas era la causa de esos terribles dolores de cabeza que convertían su vida en un campo de batalla. Estaba siempre obsesionada por burlar al enemigo y hasta parecía que la persecución tenía su interés; si hubiera podido derrotarlo, finalmente la vida le habría parecido un poco aburrida. De esa forma el tira y afloje era perpetuo: por un lado el ruiseñor o el paisaje



que tanto amaba (sí, se apasionaba por los paisajes y los pájaros); del otro el sendero húmedo y la larga y tediosa caminata cuesta arriba que no le haría ningún bien y al día siguiente le traería dolor de cabeza. Cuando de vez en cuando podía equilibrar sus fuerzas y lograba visitar Hampton Court justo en esa semana en que el azafrán está en su esplendor (esas flores satinadas y de color intenso eran sus favoritas) lo consideraba una victoria. Era algo que perduraba; algo que siempre tendría valor. Ensartaba entonces esa tarde en el collar de los días memorables, que no era tan largo como para que le resultara difícil recordar este o aquel en concreto: este paisaje, esta ciudad; sentirlo, tocarlo, saborear, suspirando, la cualidad que lo hacía único.

«El viernes pasado fue un día tan hermoso», dijo, «que decidí que debía ir». Así había partido hacia Waterloo para cumplir su gran objetivo: visitar Hampton Court sola. Era natural, pero tal vez tonto sentir lástima por ella, precisamente porque jamás había pedido lástima (solía ser reticente a hablar de su salud, como un guerrero a hablar de su enemigo). Uno sentía pena de que siempre hiciera todo sola. Su hermano había muerto. Su hermana era asmática. El clima de Edimburgo le sentaba bien. Era desolador para Julia. Quizá, también para ella las asociaciones fueran dolorosas, pues el hermano, el famoso arqueólogo, había muerto allí; y ella amaba a su hermano. Vivía en una casita cerca de Brompton Road completamente sola.

Fanny Wilmot encontró por fin el alfiler; lo levantó. Miró a la señorita Craye. ¿Estaba tan sola la señorita Craye? No, la señorita Craye estaba feliz; aunque fuera solo por este momento, era una mujer feliz. Fanny la había sorprendido en un instante de éxtasis. Estaba allí sentada, de costado respecto al piano, sosteniendo el clavel con las manos unidas sobre la falda, mientras detrás de ella el amplio espacio de la ventana, sin cortinas, se volvía púrpura al atardecer, intensamente púrpura después de encenderse el brillo de las luces eléctricas en la desnuda sala de mú-

sica. Julia Craye, sentada un tanto encorvada y compacta, sosteniendo la flor, parecía surgir de la noche de Londres, parecía llevar la noche como un manto sobre la espalda. Parecía, en su desnudez y su intensidad, la irradiación de su espíritu, algo que ella había hecho y que la envolvía, que era ella. Fanny la observaba.

Todo parecía transparente, por un momento, a los ojos de Fanny Wilmott, como si al mirar a través de la señorita Craye viera la misma fuente de su ser de la que brotaban gotas límpidas de plata. Miró cada vez más atrás en el pasado. Vio los verdes vasos romanos en su vitrina; escuchó a los chicos del coro jugando al cricket; vio a Julia bajando muy despacio los escalones hacia el césped; la vio servir el té bajo el cedro; estrechar con suavidad las manos del anciano entre las suyas; la vio recorrer los pasillos de la vieja casa catedralicia con toallas en la mano para marcarlas, lamentándose por la insignificancia de la vida cotidiana. Y la vio envejecer lentamente, deshacerse de ropa cuando llegaba el verano porque era demasiado llamativa para su edad; la vio cuidar de su padre enfermo y delimitar su camino cada vez más en forma definitiva en tanto su voluntad se fortalecía hacia su meta solitaria. Viajaba con austeridad, midiendo los gastos y ajustando su billetera a lo estrictamente necesario para ese viaje, o para ese espejo viejo. Se aferraba con obstinación, sin importarle lo que dijera la gente, a elegir sus propios placeres. Vio a Julia...

Julia iluminaba, Julia se encendía. Resplandecía en la noche como una blanca estrella muerta. Julia abría los brazos. Julia la besaba en los labios. Julia poseía.

—Los alfileres de Slater's no tienen punta —dijo la señorita Craye con una risa extraña y relajando los brazos mientras Fanny Wilmot se sujetaba la flor en la pechera con dedos temblorosos.

## La señora Dalloway en Bond Street

La señora Dalloway dijo que ella misma compraría los guantes. Las campanas del Big Ben estaban sonando en el momento en que ella salió a la calle. Eran las once, y la nueva mañana tenía una frescura ideal para que los niños la disfrutaran en la playa. Pero había algo solemne en el toque repetido de las campanas; algo excitante en el murmullo de las ruedas de los coches y el sonido de los pasos.

Sin duda no todas aquellas personas habían salido para hacer diligencias felices. Hay mucho más para decir sobre cada uno de nosotros que el simple hecho de que caminamos por las calles de Westminster. El Big Ben tampoco es mucho más que una serie de varillas de hierro que habría consumido el óxido si no fuera por el cuidado de la Oficina de Trabajo de H.M. Solo para la señora Dalloway el momento era completo; a la señora Dalloway junio le parecía recién nacido. Una infancia feliz; y no solo las hijas consideraban a Justin Perry un hombre bueno (débil, por cierto, en los Tribunales); flores al atardecer; el humo elevándose; el graznido de las cornejas que caía desde lo alto, cayendo y cayendo por el aire de octubre; nada puede ocupar el lugar de la infancia. Una simple hoja de menta la trae de vuelta, o una taza con un borde azul.

Aquellas pequeñas desgracias, suspiró, y siguió adelante. ¡Oh, justo en las narices del caballo, qué niño tan diablo! Y entonces ella se había quedado al borde de la acera, con el brazo extendido, mientras Jimmy Dawes le sonreía con toda la boca desde el otro lado.

Una mujer encantadora, serena, entusiasta, con el pelo blanco en un raro contraste con sus mejillas rosadas; así la

vio Scope Purvis, Caballero de la Orden del Baño, mientras se dirigía a prisa a su despacho. Ella se detuvo un momento, a la espera de que pasara la camioneta de Durtnall. El Big Ben dio la décima y la undécima campanadas. Las ondas se disolvieron en el aire. El orgullo la hacía mantenerse siempre erguida, heredera de una tradición que debía transmitir; familiarizada con la disciplina y el sufrimiento. Cómo sufría la gente, cómo sufría, se dijo, pensando en la señora Foxcroft anoche en la Embajada, cubierta de joyas, carcomiéndose porque ese pobre chico había muerto y la antigua Manor House (cruzó en ese momento la camioneta de Durtnall) debía pasar a ser propiedad de un primo.

—¡Buenos días! —dijo Hugh Whitbread, junto a la tienda de porcelana, quitándose el sombrero con un gesto extravagante, ya que se conocían desde niños—. ¿A dónde vas?

—Me encanta caminar por Londres —dijo la señora Dalloway—. ¡Me gusta más que pasear por el campo!

—Nosotros acabamos de llegar. Desgraciadamente, a ver médicos.

—¿Milly? —preguntó la señora Dalloway, inmediatamente afectada.

—Está indispueta. Esas cosas. ¿Dick bien?

—¡Muy bien! —dijo Clarissa.

Por cierto, pensó, mientras seguía caminando, Milly tiene más o menos mi edad, cincuenta, cincuenta y dos. Así que probablemente sea eso, el tono de Hugh lo había dejado claro, perfectamente claro. Querido Hugh, pensó la señora Dalloway recordando divertida, con gratitud, con emoción, qué tímido, como un hermano —uno se moriría antes de hablar de eso con un hermano— había sido siempre Hugh, como cuando volvía de Oxford y a veces una de ellas (¡qué fastidio!) no podía montar a caballo... ¿Cómo podían entonces las mujeres ocupar puestos en el Parlamento? ¿Cómo podían hacer cosas junto a los hombres? Porque existe ese profundo y extraordinario instinto, algo dentro

de uno imposible de superar, es inútil intentarlo; y hombres como Hugh lo respetan sin que se lo digamos, y es por eso que uno quiere tanto al querido Hugh, pensó Clarissa.

Pasó bajo el Arco del Almirantazgo y al final de la calle vacía, con sus esbeltos árboles, vio la estatua blanca de la Reina Victoria, con ese aspecto maternal, esa amplitud y ese gesto algo doméstico, siempre un poco ridículo y también sublime, pensó la señora Dalloway, recordando los jardines de Kensington, y aquella vieja señora con lentes de carey, y cómo la niñera le decía que se detuviera y se inclinara ante la Reina. La bandera flameaba sobre el palacio. Eso quería decir que el Rey y la Reina habían regresado. Dick la conoció en un *lunch* el otro día: por cierto, le pareció una mujer muy agradable. Significa mucho para los pobres, pensó Clarissa, y para los soldados. Un hombre de bronce se erguía con gesto heroico sobre un pedestal con un arma en la mano izquierda... La guerra de Sudáfrica. Significa mucho, pensó la señora Dalloway, caminando hacia el Palacio de Buckingham. Allí estaba, cuadrado, bajo la amplia luz del sol, inflexible, pleno. Era el carácter, pensó; algo innato en la raza, lo que los indios respetaban. La Reina iba a los hospitales, inauguraba tiendas, la Reina de Inglaterra, pensó Clarissa, mirando el Palacio. Justo en ese momento un auto atravesaba los portones. Los soldados saludaban y los portones volvían a cerrarse. Clarissa cruzó la calle y entró al Parque, siempre muy erguida.

Junio había hecho brotar las hojas de los árboles. Las madres de Westminster, con sus pechos veteados de sombras y reflejos, daban de mamar a sus pequeños. Unas muchachas bastante respetables estaban tumbadas sobre el césped. Un hombre mayor, inclinándose con dificultad, levantó un papel arrugado del suelo, lo extendió y lo volvió a arrojar. ¡Qué horrible! La noche anterior, en la Embajada, Sir Dighton dijo: «Si necesito a alguien que me tenga el caballo, no tengo más que levantar la mano». Pero la cuestión religiosa es mucho más grave que la económica, había

dicho, lo que a ella le había parecido extraordinariamente interesante viniendo de un hombre como Sir Dighton. «Oh, el país nunca sabrá lo que ha perdido», había dicho él, como para sí, y se refería al querido Jack Stewart.

La señora Dalloway subió la pequeña elevación con agilidad. El aire soplaba con energía. Llegaban mensajes de la flota al Almirantazgo. Piccadilly, la calle Arlington y el Mall parecían rozar el aire del parque, y hacer mover las hojas brillantes en oleadas, con esa divina vitalidad que a Clarissa le encantaba. Montar, bailar, ella adoraba todo eso. O dar largos paseos por el campo, conversando sobre libros, sobre qué debía hacer cada uno con su vida –los jóvenes éramos tan increíblemente mojigatos entonces– ¡las cosas que ella había dicho! Pero tenían convicciones. La edad madura es diabólica. Gente como Jack nunca lo sabrá, pensó; porque nunca pensó en la muerte, nunca supo que se estaba muriendo, según le habían dicho. Y ahora nunca lamentará... –¿cómo seguía?– una cabeza que se vuelve gris... Por el contagio del mundo en su lenta labor de destrucción... apuraron su copa una o dos rondas antes. Por el contagio del mundo en su lenta labor de destrucción...<sup>(1)</sup> Se mantuvo erguida.

¡Pero cómo habría protestado Jack! Citar a Shelley en Piccadilly. «Necesitas un prendedor», hubiera dicho. Detestaba a las mujeres mal vestidas. ¡Por Dios, Clarissa, por Dios!, le parecía escucharlo en la fiesta del Devonshire House, hablando de la pobre Sylvia Hunt que llevaba un collar color ámbar y un vestido anticuado de seda. Se enderezó al advertir que había hablado en voz alta, y estaba ya en Piccadilly; pasó delante de la casa con balcones y finas columnas verdes, pasó ante los ventanales del club llenos de periódicos; pasó ante la antigua mansión de Lady Burdett Coutt, donde solía colgar un loro blanco de porcelana; y por Devonshire House sin sus dorados leopardos; y por

(1) Clarissa recuerda unos versos del *Adonais* de Shelley.

Claridge's, donde Dick le había encargado que dejara una tarjeta para la señora Jepson antes de que se marchara. Los americanos ricos podían ser muy simpáticos. Ahí estaba St James's Palace, como una construcción de ladrillos para niños. Y ahora –había pasado Bond Street– llegaba a la librería Hatchard. El tránsito era interminable, interminable, interminable. Lords, Ascot, Hurlingham, ¿qué fue de todo aquello? Qué bonita muchacha, pensó mirando la portada de un libro de memorias expuesto en la vidriera; debe ser un retrato pintado por Sir Joshua o Romney; pícara, vivaz, recatada –como su Elizabeth– la única clase genuina de chica. Y estaba ese libro absurdo, *Soapy Sponge*, que Jum citaba línea por línea, y los sonetos de Shakespeare. Los sabía de memoria. Phil y ella habían hablado todo el día sobre «La dama oscura», y Dick dijo esa misma noche en la cena que nunca había oído hablar de ella. ¡Realmente, se había casado con él por eso! ¡No había leído nunca a Shakespeare! Seguramente habrá un librito barato que ella pudiera comprarle a Milly. ¡Ya está: *Cranford*! ¿Puede haber algo más divertido que esas vacas con enaguas? Ojalá la gente tuviera ahora ese sentido del humor, esa clase de auto respeto, pensó Clarissa al recordar las páginas amplias, la cadencia de las frases, los personajes; la manera en que uno puede hablar de ellos como si fueran reales. Por todo lo grande hay que ir al pasado, pensó. Por el contagio del mundo en su lenta labor de destrucción... Ya no hay que temer al calor del sol...<sup>(2)</sup> Y ahora no puede lamentarse, no puede lamentarse, repitió, con sus ojos perdidos en la vidriera, porque daba vueltas en su cabeza la buena poesía. Los modernos no habían escrito nunca nada que uno quisiera leer sobre la muerte, pensó, y se dio vuelta.

Los autobuses se sumaban a los coches, los autos a las camionetas, las camionetas a los taxis; aquí pasa un

---

(2) *Fear no more the heat o'the sun*, es un verso del *Cymbeline* de William Shakespeare.

coche descapotable con una chica, sola. Si lo sabré, pensó Clarissa: bailar hasta las cuatro de la mañana, los pies en un cosquilleo y ahora medio dormida, en un rincón del auto, después del baile. Pasó otro coche y otro más. ¡No, no, no! Clarissa no pudo dejar de sonreír. La dama gorda se había esmerado, pero ¡diamantes y orquídeas! ¡A esa hora de la mañana! ¡No, no no! A su debido tiempo, el eficiente policía levantaría el brazo. Otro coche. ¡Qué cosa poco atractiva! ¿Por qué una chica de esa edad tendría que sombriarse así los ojos de negro? Y un muchacho joven, con una chica, a esta hora, cuando el país... El excelente policía levantó la mano y Clarissa, reconociendo el gesto, se tomó su tiempo para cruzar y encaminarse hacia Bond Street. Vio la calle curva y estrecha, los carteles amarillos, los gruesos cables del telégrafo extendiéndose en lo alto.

Cien años atrás, su tatarabuelo, Seymour Parry, que se había fugado con la hija de Conway, había paseado por Bond Street. Durante un siglo los Parry habían recorrido Bond Street y seguramente se habían cruzado con los Dalloway (Leighs por el lado materno) que subían la calle. El padre compraba sus trajes en Hill's. Había un rollo de tela en la vidriera y más acá, sobre una mesa negra, un jarrón increíblemente caro, como el salmón rosado en el bloque de hielo de la pescadería. Las joyas eran exquisitas: estrellas color rosa y naranja, imitaciones de origen español y cadenas de oro viejo; hebillas centelleantes y pequeños broches que señoras de altos tocados habían usado en sus vestidos de raso verde marino. ¡Pero basta de mirar! Hay que moderar los gastos. Pasaría de largo frente a la galería de arte donde se expone ese cuadro francés, ese que parece que le hubieran tirado *confetti* azul y rosa, como quien hace una broma. Si uno ha vivido entre cuadros (y lo mismo se podía decir respecto a libros y música), pensó Clarissa al pasar por el Aeolian Hall, no pueden engañarlo con una broma.

Había un atasco en Bond Street. Allí, altiva, regia, como una reina en un torneo, estaba Lady Bexborough.



Sentada muy erguida en su carruaje, sola, mirando a través de sus lentes. El guante blanco, flojo en su muñeca. Vestía de negro, la ropa algo gastada, es cierto, pensó Clarissa, pero cómo se nota su buena cuna, el respeto por ella misma; nunca una palabra de más, nunca permitir el chismorreo en su presencia; una amiga asombrosa, a la que nadie había encontrado un defecto en los últimos años. Y ahora allí está, pensó Clarissa, pasando al lado de la Condesa que aguardaba perfectamente tranquila, aprovechando la espera para empolvase. Y Clarissa hubiera dado lo que fuera por ser como ella, ser la señora de Clarefield, que hablaba de política como un hombre. Pero nunca va a ningún lado, pensó Clarissa, es inútil invitarla, y el carruaje prosiguió su marcha y Lady Bexborough pasó como una reina en un torneo, aunque carecía de razón para vivir y su marido estaba en plena decadencia, y según se dice, ella estaba harta de todo, pensó Clarissa y se le llenaron los ojos de lágrimas al entrar en la tienda.

—Buen día —dijo Clarissa con su encantadora voz—. Busco guantes, guantes blancos —agregó en tono amistoso y colocando su cartera sobre el mostrador comenzó a desabrocharse los botones—. Por encima del codo—. Y miró de frente a la dependienta. ¿Era la chica que recordaba? Parecía envejecida. —Estos realmente no me van bien.

La dependienta los miró.

—¿La señora usa pulseras?

Clarissa mostró las manos.

—Tal vez sean mis anillos.

Y la joven tomó los guantes grises y se dirigió al final del mostrador.

Sí, pensó Clarissa, es la misma, pero veinte años mayor... Había allí solo otra clienta, sentada de costado junto al mostrador, el codo en el aire, la mano descubierta colgando vacía como una figura en un abanico japonés, pensó Clarissa; demasiado vacía quizás, aunque algunos hombres podrían adorarla. La señora movió la cabeza con

aire entristecido. Estos también le quedaban grandes. Dio vuelta el espejo.

—Por encima de la muñeca —le reprochó a la mujer de pelo gris; la dependienta asintió.

Esperaron; sonó un reloj; Bond Street era un murmullo amortiguado, distante. La vendedora se llevó los guantes. —Por encima de la muñeca —repitió la dama en tono lastimero, levantando la voz. Y tendría que encargar sillas, hielo, flores y tickets de guardarropa, pensó Clarissa. Las personas que no quería que fueran, vendrían; las otras, no. Ella se quedaría de pie junto a la puerta. Vendían medias, medias de seda. Una dama se conoce por sus guantes y sus zapatos, decía el tío William. Y a través de las medias de seda que colgaban con destellos plateados, miró a la señora: el hombro inclinado, la mano colgando, el bolso deslizándose, la mirada fija en el suelo. ¡Sería intolerable que fueran a su fiesta mujeres mal vestidas! ¿A alguien le habría gustado Keats si hubiera usado medias rojas? Oh, finalmente, se acercó al mostrador y se le ocurrió decir:

—¿Recuerda que antes de la guerra tenían guantes con botones de perlas?

—¿Guantes franceses, señora?

—Sí, eran franceses —dijo Clarissa. La otra mujer se puso de pie con aire triste, tomó su cartera, miró los guantes del mostrador. Seguían siendo demasiado grandes para su muñeca.

—Con botones de perlas —dijo la muchacha de la tienda, que realmente parecía mucho mayor. Separó las hojas de papel de seda sobre el mostrador. Con botones de perlas, pensó Clarissa, perfectamente simples ¡tan franceses!

—Las manos de la señora son muy delgadas —dijo la vendedora corriendo el guante con firmeza pero con suavidad, sobre los anillos. Clarissa miró su brazo en el espejo. El guante apenas le llegaba al codo. ¿No habría otros un poco más largos? De todos modos no quería molestarla;

quizás estaba justo en esos días del mes, pensó Clarissa, y estar de pie le resultaba un tormento.

—¡Oh! No se preocupe —dijo Clarissa. Pero la vendedora le trajo otros.

—¿No termina horriblemente cansada de estar tanto tiempo de pie? —preguntó con su voz encantadora—. ¿Cuándo toma vacaciones?

—En setiembre, señora, cuando ya no hay tanto trabajo.

Cuando estamos en el campo, pensó Clarissa. O de caza. Debe pasar quince días en Brighton. En una pensión atestada. La dueña del lugar raciona el azúcar. Qué fácil sería enviarla a lo de la señora Lumley, en el campo (estuvo a punto de decírselo). Pero recordó cuando en su luna de miel Dick le había explicado que era una locura dar de esa manera impulsiva. Era mucho más importante, había dicho, hacer negocios con China. Por supuesto que él tenía razón. Y pensó que a la chica no le habría gustado que se lo ofreciera. Aquí ella estaba en su lugar. Como Dick. Vender guantes era el trabajo de la chica. Mantener sus aflicciones bien separadas «y nunca lo lamentará, nunca lo lamentará», las palabras las tenía grabadas en su cabeza. «Por el contagio del mundo en su lenta labor de destrucción», se repitió Clarissa, mientras mantenía tieso el brazo, porque hay momentos en que parece absolutamente inútil (al quitarle el guante el brazo le quedó espolvoreado de talco), en que, sencillamente, uno ya no cree en Dios.

De pronto, el ruido del tránsito se volvió ensordecedor; las medias de seda brillaban. Entró una clienta.

—Guantes blancos —dijo, con un tono en la voz que a Clarissa le resultó familiar.

Antes era tan fácil, pensó Clarissa. Desde lo alto, bajando por el aire, caía el graznido de las cornejas. Cuando Sylvia murió, hace siglos, los setos de ligustros se veían tan hermosos, con sus telarañas brillando como diamantes en la neblina, antes de la primera misa del día. ¿Y si Dick muriera mañana? En cuanto a creer en Dios (no, dejaría

que sus hijos eligieran, pero en cuanto a ella, como Lady Bexborough –quien, según decían abrió la tienda de venta benéfica, con el telegrama en la mano (Roden, su favorito había muerto)– ella seguiría adelante). ¿Pero por qué, si uno no cree? Por los otros, pensó, con el guante en la mano. La chica de la tienda sería mucho más desdichada si no creyera.

–Treinta chelines –dijo la vendedora–. No, disculpe señora, treinta y cinco. Los guantes franceses son más caros.

Porque una no vive para una misma, pensó Clarissa.

Y entonces la otra clienta tomó un guante y al estirarlo la tela se rajó.

–¡Caray! –exclamó.

–Un defecto de la tela –dijo, enseguida, la mujer canosa–. A veces cae una gota de ácido en el teñido. Pruebe estos, señora.

–¡Pero es una estafa que los cobren dos libras y diez chelines!

Clarissa miró a la mujer; la mujer miró a Clarissa.

–Los guantes ya no se fabrican con la misma calidad que antes de la guerra –dijo la dependienta disculpándose con Clarissa.

¿Pero dónde había visto antes a la otra mujer? Una mujer mayor, con un cuello de volantes bajo la barbilla y un cordón negro sosteniendo las gafas doradas; elegante, inteligente, como un dibujo de Sargent. Cómo por la voz se reconoce a una persona que está acostumbrada a mandar, pensó.

–Un poquito ajustados –dijo.

La vendedora se fue de nuevo. Clarissa aguardó. No temas más, se repitió, haciendo tamborilear sus dedos en el mostrador. No temas más el calor del sol. No temas más. Había manchitas marrones en su brazo. La vendedora se movía despacio, a paso de caracol. Tu tarea en el mundo está cumplida. Miles de jóvenes murieron para que la vida continuara. ¡Al fin! Apenas por encima del codo; botones de perlas; talle cinco y cuarto. Mi querida muchacha lenta,

¿crees que puedo quedarme aquí toda la mañana? ¡Y ahora estarás veinticinco minutos para traerme el cambio!

Se escuchó una explosión en la calle. La vendedora se cubrió detrás del mostrador. Pero Clarissa, muy erguida en su asiento, sonrió a la otra señora.

—¡La señorita Anstruther! —exclamó.



## El hombre que amaba al prójimo

Esa tarde, mientras cruzaba al trote Deans Yard, Prickett Ellis se encontró de frente con Richard Dalloway, o mejor dicho, en el momento en que se cruzaban, la mirada de soslayo que se dirigieron por debajo del sombrero y por encima del hombro, se amplió y se encendió en reconocimiento: no se veían desde hacía veinte años. Habían ido a la escuela juntos. ¿Y a qué se dedicaba Ellis? ¿A la abogacía? Claro, claro, había seguido el caso en los periódicos. Pero era imposible hablar aquí. ¿No se animaba a caer por su casa esta noche? (Vivían donde siempre, a la vuelta de la esquina). Irían uno o dos amigos más de aquella época. Joynson tal vez. Está hecho un pez gordo.

—Bueno, hasta esta noche, entonces —dijo Richard y siguió su camino. «Una alegría», pensó (lo que era totalmente cierto) encontrarse con ese tipo tan raro, que no ha cambiado nada desde los tiempos de la escuela: el mismo de entonces, lleno de prejuicios, pero siempre brillante (había ganado el Newcastle). Bueno... y siguió caminando.

Prickett Ellis, sin embargo, al darse vuelta y ver alejarse a Dalloway deseó no haberlo encontrado, o al menos —porque siempre le había tenido simpatía— no haberle prometido que iría a su fiesta. Dalloway estaba casado, daba fiestas; no era de los de su tipo, para nada. Tendría que vestirse. Pero a medida que avanzaba la tarde supuso que, ya que lo había prometido y no quería ser descortés, tendría que ir.

¡Qué diversión atroz! Allí estaba Joynson; no tenían nada que decirse. Había sido un niño engreído y cuando se hizo mayor se volvió todavía más arrogante. No había

nadie más en el salón que Prickett Ellis conociera. Nadie. Pero como no podía marcharse enseguida sin haber conversado un poco con Dalloway, que parecía completamente dedicado a sus deberes de anfitrión y andaba de un lado a otro con su chaleco blanco, tuvo que quedarse. Era el tipo de cosas que le repugnaba. ¡Pensar que había hombres y mujeres adultos y responsables que hacían esto todas las noches de sus vidas! Se apoyó en una pared en completo silencio; las arrugas se hicieron más marcadas en sus mejillas recién afeitadas, azules y rosas. Aunque trabajaba como una mula, el ejercicio lo mantenía en forma; y tenía un aspecto duro y fiero, como si su bigote se hubiera sumergido en escarcha. Se crispó, se irritó. Su modesto traje lo hacía parecer descuidado, insignificante y torpe.

Ociosos, charlatanes, aparatosos, sin una sola idea en la cabeza, los caballeros y las damas tan elegantes no paraban de conversar y de reír. Prickett Ellis los miraba y los comparaba con los Brunner, que cuando ganaron el caso contra la Cervecería Fenners y recibieron doscientas libras de compensación (no era ni la mitad de lo que deberían haber recibido) gastaron cinco en un reloj para él. Eso hace la gente de bien, esa era la clase de cosas que lo conmovía. Y miró entonces con más severidad a esa gente tan arreglada, cínica y próspera y comparó lo que sentía en este momento con lo que sintió esa mañana a las once, cuando el viejo Brunner y su señora, vestidos con su mejor atuendo, tan limpios y respetables, lo habían llamado para darle «una pequeña muestra de gratitud», como dijo el viejo, perfectamente erguido al hacer su pequeño discurso de agradecimiento y respeto «por la excelente manera en que condujo usted nuestro caso»; y la señora Brunner añadió que todo se lo debían a él, y le estaban profundamente agradecidos por su generosidad porque, por supuesto, no había querido cobrar.

Cuando tomó el reloj y lo puso sobre la repisa de la chimenea sintió que no deseaba que nadie le viera la cara.



Él trabajaba para eso, esa era su recompensa; y miró a las personas que tenía delante en ese momento como si bailaran sobre aquella escena que había tenido lugar en su despacho y eso las pusiera en evidencia; y al desvanecerse la imagen –los Brunner desaparecieron– solo permanecía él, como un resto de la escena, enfrentado a esa gente hostil. Él, un hombre absolutamente sencillo, sin sofisticación alguna, un hombre del pueblo (entonces se irguió) muy mal vestido, de mirada colérica, sin gracia ni atractivo, un hombre que no sabía ocultar sus sentimientos, un hombre corriente, un vulgar ser humano que luchaba contra el mal, la corrupción y la insensibilidad de la sociedad. Decidió que no quería seguir mirando. Se puso los lentes para observar los cuadros. Leyó los títulos de una hilera de libros, la mayoría de poesía. Le habría gustado mucho volver a leer algunos de sus antiguos favoritos –Shakespeare, Dickens–; deseaba tener tiempo alguna vez para ir a la National Gallery, pero no, no podía. Era imposible, de verdad, teniendo en cuenta cómo estaba el mundo. Resultaba imposible ahora que la gente pedía ayuda todo el tiempo, imploraba ayuda. No era una época para lujos. Y miró los sillones, los cortapapeles y los libros bien encuadernados, y sacudió la cabeza, seguro de que jamás tendría tiempo, de que jamás –y le alegraba saberlo– podría permitirse esos lujos. Esta gente se escandalizaría si supiera lo que él pagaba por el tabaco; si supieran que llevaba un traje prestado. Su única y pequeña extravagancia era un barquito en Norfolk Broads. Eso sí se le permitía. Debía reconocer que una vez al año le gustaba escaparse de la ciudad y tirarse de espaldas en el campo. Pensó cómo se escandalizarían estas personas tan elegantes, si supieran cuánto placer le deparaba lo que él, bastante anticuado, seguía llamando amor a la naturaleza: árboles y campos que conocía desde que era niño.

Estas personas tan elegantes se escandalizarían. Allí, de pie, mientras guardaba los lentes en el bolsillo, se sintió cada vez más raro. Y era un sentimiento muy desagradable.

No sentía eso (que amaba al prójimo, que pagaba solo cinco peniques por una onza de tabaco y que amaba la naturaleza) en forma natural y tranquila. Cada uno de esos placeres se había convertido en una protesta. Sentía que aquella gente a la que despreciaba lo obligaba a permanecer allí, a hablar y a justificarse. «Soy un hombre vulgar», seguía diciéndose. Y lo que añadió después lo avergonzó, pero lo dijo de todos modos: «He hecho más por el prójimo en un día que ustedes en toda su vida». Lo cierto es que no lo podía evitar; siguió recordando escena tras escena –como la de los Brunner cuando le regalaron el reloj– siguió acordándose de las cosas hermosas que la gente había dicho de él, de su humanidad, de su generosidad, y lo mucho que había ayudado a la gente. Seguía viéndose como el sabio y humilde servidor de la humanidad. Y deseó poder repetir sus alabanzas en voz alta. Era desagradable que esa conciencia de su propia bondad hirviera solo en su interior. Y era todavía más desagradable no poder decirle a nadie lo que decían de él. Gracias a Dios, se dijo, volveré al trabajo mañana; pero ya no le bastaba el simple hecho de salir por la puerta y volver a casa. Debía quedarse, necesitaba quedarse hasta que se hubiera justificado. ¿Pero cómo lo haría? En este salón lleno de gente no había una sola persona con quien pudiera hablar.

Finalmente Richard Dalloway se le acercó.

–Quiero presentarte a la señorita O’Keefe –dijo. La señorita O’Keefe lo miró directamente a los ojos. Era una mujer un poco arrogante, de maneras bruscas, de unos treinta y pico de años.

La señorita O’Keefe quería un helado o algo para beber. Y la razón por la cual se lo pidió a Prickett Ellis de un modo que a él le pareció altivo e injustificable, se debía a que esa tarde de calor había visto a una mujer y dos niños muy pobres, muy cansados, contra la reja de una plaza, mirando. ¿Por qué no los dejan entrar?, había pensado, mientras su compasión crecía como una ola y ella bullía

de indignación. No, se reprochó de inmediato, con dureza, como si se abofeteara. Toda la fuerza del mundo no es capaz de lograrlo. De modo que recogió la pelota de tenis y la devolvió. Toda la fuerza del mundo no puede lograrlo, se dijo furiosa, y fue esa la razón por la que le ordenó en tono imperioso al desconocido:

—Tráigame un helado.

Mucho antes de que se lo hubiera tomado, Prickett Ellis, de pie a su lado sin beber nada, le dijo que hacía quince años que no asistía a una fiesta; que el traje que llevaba se lo había prestado su cuñado; que no le gustaba ese tipo de reuniones, y le habría querido seguir diciendo que era un hombre corriente, que apreciaba a la gente sencilla, y contarle (avergonzándose después) sobre los Brunner y el reloj, pero ella dijo:

—¿Ha visto usted *La tempestad*?

Y luego (porque él no había visto *La tempestad*): ¿había leído tal libro? Otra vez no. Y al final, dejando el helado: ¿nunca leía poesía?

Entonces Prickett Ellis, sintiendo que en su interior crecía algo capaz de estrangular a esta muchacha, de hacerla su víctima, de masacrarla, la hizo sentarse con él donde nadie los interrumpiera, en dos sillas en el jardín desierto ya que todos estaban arriba, y solo se oía un zumbido y un murmullo, una charla y un tintineo, como si fuera el acompañamiento de alguna orquesta fantasma que tocara para uno o dos gatos que se escabullían entre la hierba; y las hojas agitándose, y los frutos amarillos y rojos como farolitos chinos balanceándose de un lado a otro. La charla parecía una frenética música de baile para esqueletos, compuesta con un fin muy real y lleno de sufrimiento.

—¡Qué belleza! —dijo la señorita O'Keefe.

Oh, era bello ese pequeño espacio de césped, rodeado de las negras torres de Westminster, allá en lo alto; había silencio fuera de aquel salón ruidoso, silencio después de

tanto ruido. A fin de cuentas todo se relacionaba con eso: la mujer cansada y los niños.

Prickett Ellis encendió la pipa. Iba a escandalizarla; la llenó con tabaco barato de cinco peniques la onza. Pensó cómo le gustaría estar en su barquito, fumando; hasta podía verse, solo, de noche, fumando bajo las estrellas. Igual que lo había hecho toda la velada, pensó qué pensaría de él esa gente si lo viera. Le dijo a la señorita O'Keefe, mientras encendía una cerilla en la suela de su bota, que no veía nada especialmente hermoso allí.

—Tal vez a usted no le interesa la belleza —dijo ella. (Le había dicho que no había visto *La tempestad*, que no había leído el libro; tenía un aspecto descuidado, llevaba el bigote largo y una cadena de plata para el reloj). Ella pensó que nadie tenía que pagar ni un penique para disfrutar de esas cosas; los museos son gratuitos, lo mismo la National Gallery y el campo. Desde luego, conocía las objeciones: lavar, cocinar, cuidar a los niños; pero la raíz de las cosas, eso que nadie se animaba a decir, es que la felicidad es baratísima. Uno puede tenerla por nada. La belleza.

Entonces Prickett Ellis le dio su merecido a esa mujer pálida, brusca y arrogante. Le dijo, entre bocanadas de su tabaco barato, lo que había hecho ese día. A las seis, en pie; entrevistas; el olor a cloaca de un tugurio infame; luego a los tribunales.

Aquí vaciló, deseoso de contarle sus hazañas. Reprimido el impulso, fue más cáustico aún. Dijo que lo ponía enfermo escuchar a mujeres bien alimentadas y bien vestidas hablar de belleza (ella crispó los labios, pues era delgada y su vestido dejaba bastante que desear).

—¡La belleza! —dijo él. Temía que no podía entender la belleza separada de los seres humanos.

Contemplaban el jardín desierto, donde las luces se balanceaban y en el centro un gato dubitativo levantaba una pata.

¿La belleza separada de los seres humanos? ¿Qué quería decir?, preguntó ella de pronto.

Bueno, lo siguiente. Cada vez más alterado, le contó la historia de los Brunner y del reloj, sin ocultar el orgullo que sentía. Eso fue bellissimo, dijo.

Ella no encontraba las palabras para explicar el horror que le provocó la historia. Primero, la vanidad de Prickett Ellis; en segundo lugar, la indecencia de hablar sobre sentimientos humanos; era una blasfemia; nadie en el mundo tenía derecho a contar una historia así para probar que amaba al prójimo. Sin embargo, cuando él dijo cómo el viejo se había puesto de pie para hacer su pequeño discurso, ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Ah, si alguien le hubiera dicho a ella una cosa así! Pero volvió a sentir que era justo eso lo que condenaba a la humanidad para siempre; nunca harían más que contar escenas sentimentales con relojes. Los Brunner siempre harían discursos de agradecimiento a los Prickett Ellis y los Prickett Ellis siempre contarían cuánto amaban al prójimo. Siempre serían perezosos, conciliadores y temerían a la belleza. De ahí nacían las revoluciones: de la pereza y el miedo y este amor a las escenas conmovedoras. Aun así, los Brunner le proporcionaban placer a este hombre, mientras ella estaba condenada a sufrir eternamente por las pobres mujeres excluidas de las plazas. Así siguieron sentados, en silencio. Los dos se sentían desdichados. Prickett Ellis no estaba en absoluto aliviado por lo que acababa de decir: en lugar de quitarle la espina, la había clavado aún más; su alegría de la mañana estaba arruinada. La señorita O'Keefe se sentía confundida y molesta; turbia en vez de clara.

—Me temo que soy una de esas personas corrientes que aman al prójimo —dijo él poniéndose de pie.

Ante lo cual la señorita O'Keefe casi gritó:

—¡Yo también!

Odiándose mutuamente, odiando a toda aquella gente que los había sometido a una noche decepcionante y dolo-

rosa, los dos amantes del prójimo se levantaron y, sin decir una palabra, se separaron para siempre.

## Juntos y separados

La señora Dalloway los había presentado; «te encantará», le había dicho. La conversación empezó algunos minutos antes de que se dijera nada, porque ambos, el señor Serle y la señorita Anning miraban el cielo y en sus mentes el cielo derramaba su sentido de modo muy distinto, hasta que la presencia del señor Serle se le hizo tan notoria a la señorita Anning que ya no pudo ver simplemente el cielo, sino apuntalado por el cuerpo alto, los ojos oscuros, el cabello gris, las manos apretadas, y esa melancolía (aunque le habían dicho «falsa melancolía») del rostro de Roderick Serle y, aun sabiendo lo tonto que sonaría, sintió el impulso de decir:

–¡Qué hermosa noche!

¡Qué tonta! Pero si uno no es tonto a los cuarenta, en presencia del cielo, que vuelve imbécil al más inteligente convirtiéndolo en un simple montón de paja... Ella y el señor Serle, átomos, motas, de pie ante la ventana de la señora Dalloway, y sus vidas, a la luz de la luna, tan extensas como la de un insecto y no más valiosas.

–¡Bien! –dijo la señorita Anning, palmeando el almohadón del sofá.

Entonces él se sentó a su lado. ¿Era de veras «falsamente melancólico» como decían? De nuevo bajo el impulso del cielo, que parecía volverlo todo un poco fútil –lo que hacían, lo que decían– ella dijo algo completamente trivial:

–Había una Miss Serle que vivía en Canterbury en la época en que estuve allí, de niña.

Con el cielo en la mente, las tumbas de todos sus antepasados se le aparecieron inmediatamente al señor

Serle en una romántica luz azul; sus ojos se dilataron y se oscurecieron y dijo:

—Sí. Somos una familia de origen normando que llegó con el Conquistador. Hay un Richard Serle enterrado en la catedral. Era un Caballero de la Guardia.

La señorita Anning sintió que había encontrado accidentalmente al hombre de verdad, sobre el que se había construido el falso. Bajo la influencia de la luna (la luna, que simbolizaba al hombre para ella, y que podía verla a través de una rendija de la cortina y beber sorbos de luna) era capaz de decirlo casi todo y se propuso exhumar al verdadero hombre que yacía bajo el falso, diciéndose a sí misma: «Adelante, Stanley, adelante», que era su consigna, una secreta espuela o un látigo como el que a veces usa la gente de mediana edad para castigarse por algún vicio empedernido. En su caso era una deplorable timidez, quizás indolencia, porque no era tanto la falta de coraje como de energía, especialmente para hablar con los hombres, que más bien la asustaban; de modo que con frecuencia sus conversaciones terminaban en aburridos lugares comunes. Tenía muy pocos amigos hombres, muy pocas amistades íntimas en realidad, pensó, pero después de todo ¿las necesitaba? No. Tenía a Sarah, a Arthur, la casa de campo, el perro y por supuesto *eso*, pensó, mientras se sumergía, se hundía, aun estando sentada en el sofá junto al señor Serle, en *eso*, en la sensación que tuvo al regresar a casa de algo recogido allí, un racimo de milagros, algo que seguramente otras personas no podían experimentar (porque solo ella tenía a Arthur, a Sarah, la casa de campo y el perro), y de nuevo se sumergió en la satisfactoria posesión, sintiendo que con *eso* y con la luna (era música, la luna) ella podía permitirse dejar a este hombre y a su orgullo por los Serle bien enterrados. ¡No! Ese era el peligro. No podía sumirse en el letargo, no a su edad. «Adelante, Stanley, adelante», se dijo, y le preguntó:

—¿Conoce personalmente Canterbury?



¡Si conocía Canterbury! El señor Serle sonrió, pensando en lo absurdo de la pregunta. Qué poco sabía esta mujer agradable y tranquila, que seguramente tocaba algún instrumento y parecía inteligente, tenía bellos ojos y llevaba un lindo collar antiguo, qué era lo que estaba preguntando. ¡Preguntar si conocía Canterbury cuando los mejores años de su vida, todos sus recuerdos y cosas que había sido incapaz de contar a nadie (aunque había intentado escribir... ah, había intentado escribir, suspiró), estaban centrados en Canterbury!; eso lo hizo reír.

Su suspiro y luego su risa, la melancolía y el sentido del humor, lo hacían agradable a los ojos de los demás, y lo sabía; y sin embargo, saberlo no compensaba su desilusión, y si se aprovechaba de la simpatía de los otros (haciendo largas visitas a simpáticas damas, largas, largas visitas) lo hacía casi con amargura, ya que no había hecho ni una décima parte de lo que podía haber hecho y había soñado con hacer cuando era un niño, en Canterbury. Con los extraños sentía renovarse la esperanza, porque ellos no podían decir que no había cumplido sus promesas, y ver que cedían a sus encantos le daba la ilusión de un nuevo comienzo ¡a los cincuenta! Ella había dado en el clavo. Campos y flores y edificios grises goteaban en su mente, formaban gotas plateadas sobre los oscuros y lóbregos muros de su memoria, y caían. Con esa imagen solían comenzar sus poemas. Sintió el deseo de crear imágenes ahora, sentado junto a esa tranquila mujer.

—Sí, conozco Canterbury —dijo con aire sentimental y reminiscente, como invitándola, sintió la señorita Anning, a hacer preguntas discretas, y eso era lo que lo hacía interesante para tantas personas; y esta extraordinaria facilidad y disposición para conversar había sido su ruina, pensaba él a menudo, quitándose los gemelos y dejando las llaves y el poco cambio sobre la cómoda después de alguna de estas fiestas (y salía casi todas las noches durante la temporada). Pero cuando bajaba por la mañana se sentía

diferente, malhumorado, desagradable a la hora de desayunar con su esposa, que era inválida y nunca salía, pero tenía viejos amigos que la venían a ver a veces, amigas en su mayoría, interesadas en la filosofía india y en los diferentes tratamientos de distintos médicos, de las que Roderick Serle se burlaba con algún comentario cáustico, demasiado inteligente como para que ella pudiera rebatirlo, y entonces ella protestaba un poco y derramaba una lágrima o dos. Había fracasado, pensaba a menudo, porque no podía prescindir completamente de la sociedad y la compañía de las mujeres, que eran tan necesarias para él, y escribir. Se había involucrado en la vida con demasiada intensidad; y aquí cruzaba las piernas (todos sus movimientos eran poco convencionales y distinguidos) y no se culpaba, pero le echaba la culpa a su gran potencial, que comparaba favorablemente con el de Wordsworth, por ejemplo, y ya que había dado tanto a los otros, sentía, mientras apoyaba la cabeza entre las manos, que ellos a su vez tenían que ayudarlo; y este era el preludio, trémulo, fascinante, excitante, de la conversación. Las imágenes bullían en su cabeza.

—Es como un árbol frutal, como un cerezo en flor —dijo, mirando a una mujer de aspecto juvenil y hermosa cabellera blanca. Era una bonita imagen, pensó Ruth Anning; muy hermosa, aunque no creía estar segura de que le gustara este hombre distinguido y melancólico, ni sus modales; resulta curioso, pensó, cómo se dejan influir nuestros sentimientos. Porque a ella no le agradaba *él*, aunque sí le gustó la comparación de una mujer con un cerezo. Fibras de su ser flotaban caprichosamente por aquí y por allá, como los tentáculos de una anémona marina, ahora emocionados, después desilusionados. Y su cerebro, frío y lejano, a kilómetros de distancia, suspendido en el aire, recibía mensajes que ella resumiría con el tiempo, de modo que, cuando alguna persona hablara sobre Roderick Serle (y se hablaba bastante de él) ella diría sin vacilar: «me agrada» o «no me agrada». Y se formaría una opinión para siempre.

Un pensamiento raro, solemne, que arrojaba una luz verde sobre la verdadera naturaleza de las relaciones humanas.

—Es curioso que conozca Canterbury —dijo el señor Serle—. Siempre me sorprende —(la mujer del pelo blanco acababa de pasar)— conocer a alguien —(era la primera vez que se veían)— que por casualidad toca justo algo que ha significado mucho para uno, y eso de manera accidental, pues supongo que Canterbury no es más que una hermosa ciudad antigua para usted. ¿Así que pasó un verano allí con una tía? —(Es todo lo que Ruth Anning iba a decirle sobre su visita a Canterbury). —Y conoció sus lugares más famosos y se marchó y no se acordó nunca más.

Dejaría que creyera eso; él no le gustaba y prefería que se hiciera una idea falsa sobre ella. Porque en realidad, los tres meses que había pasado en Canterbury habían sido asombrosos. Recordaba hasta el más mínimo detalle, aunque fue una visita ocasional, cuando fue a ver la señorita Charlotte Serle, una conocida de su tía. Todavía podría reproducir las palabras de la señorita Serle sobre el trueno. «Siempre que me despierto o escucho un trueno en la noche, pienso que han matado a alguien». Y podía ver la alfombra gruesa, de lana, con un dibujo en forma de diamante, y los ojos castaños, brillantes de la anciana, sosteniendo la taza de té vacía mientras decía eso de los truenos. Y siempre recordaba Canterbury, con nubes tormentosas y manzanos en flor, y los largos y grises muros de los edificios.

El trueno la despertó de su pletórica indiferencia, propia de la mediana edad. «Adelante, Stanley, adelante», se dijo; o sea, este hombre no se escapará como cualquier otra persona, con esa falsa suposición: le diré la verdad.

—Me enamoré de Canterbury —dijo.

Él se encendió al instante. Canterbury era su don, su falta, su destino.

Los tentáculos de ella recibieron el mensaje: Roderick Serle era agradable.

Sus miradas se encontraron; más bien, chocaron, pues los dos sintieron que, detrás de los ojos, el ser solitario que se sienta en la oscuridad mientras su ágil, trivial compañero hace todas las señas y piruetas y mantiene el espectáculo en marcha, de repente se había enderezado, se había quitado su capa y lo había enfrentado. Era alarmante, fabuloso. Eran adultos y habían sido pulidos hasta alcanzar brillo y suavidad, a fin de que Roderick Serle fuera a una docena de fiestas en la temporada, y no sintiera nada fuera de lo común, o solo recuerdos sentimentales y el deseo de imágenes bellas, como esa del cerezo en flor. Y todo el tiempo, hundida en su interior, una sensación de superioridad respecto de su acompañante, la sensación de no haber dado nada de sí, que lo devolvería de regreso a casa insatisfecho de la vida, insatisfecho de sí mismo, bostezando, vacío, caprichoso. Pero ahora, de pronto, como un rayo blanco en la neblina (y esta imagen se forjó con lo inevitable del relámpago y ahí se mantuvo, amenazante) había sucedido. El viejo éxtasis de la vida, su invencible asalto. Pues era desagradable, y al mismo tiempo lo alegraba y rejuvenecía y le llenaba las venas y los nervios con hilos de hielo y fuego; era aterrador.

—Canterbury hace veinte años —dijo la señorita Anning, como se pone una pantalla ante una luz intensa, o se cubre con una hoja verde un durazno a punto de reventar, porque es algo demasiado fuerte, demasiado maduro, demasiado pleno.

En ocasiones ella deseaba haberse casado. A veces la tibia paz de la vida adulta, con sus recursos automáticos para proteger la mente y el cuerpo de los golpes, comparado con el trueno y el manzano florecido de Canterbury, le parecía mezquina. Imaginaba algo diferente, algo más parecido al relámpago, algo más intenso. Imaginaba una sensación física. Imaginaba...

Y resultaba bastante extraño —porque a él no lo había visto nunca antes— que sus sentidos, esos tentáculos que

se emocionaban o se desilusionaban, ya no enviaban mensajes; ahora permanecían pasivos, como si ella y el señor Serle se conocieran tan perfectamente, estuvieran en verdad tan íntimamente unidos que solo tenían que dejarse flotar uno al lado del otro en esa corriente.

De todas las cosas, nada es tan misterioso como la comunicación humana, pensó ella; por los cambios que se experimentan y por su extraordinaria irracionalidad, ya que ahora, su antipatía se había convertido en el más intenso y repentino amor; pero no bien se le ocurrió la palabra «amor», la rechazó, pensando de nuevo en lo oscura que era la mente, con sus poquísimas palabras para definir tantas sorprendentes percepciones, estos cambios entre dolor y placer. Entonces ¿qué nombre ponerle? Eso era lo que sentía ahora, la retirada del afecto humano, la desaparición de Serle, y la necesidad imperiosa de ambos de esconder lo que era tan desolador y degradante de la naturaleza humana, eso que todo el mundo intenta siempre esconder de las miradas ajenas. Buscando alguna forma de enterrar de manera decente esta retirada, esta violación de la confianza, dijo:

—Por supuesto que hagan lo que hagan, nunca podrán estropear Canterbury.

Él sonrió, y lo aceptó; cruzó las piernas en sentido contrario. Ella hizo su papel; él el suyo. Así terminaron las cosas. Y sobre ellos cayó instantáneamente esa sensación de vacío paralizante, cuando nada aflora a la mente y sus muros parecen tan lisos; cuando el vacío casi hierde, y los ojos se detienen en un punto fijo (un dibujo, un cubo lleno de carbón) con una precisión aterradora, puesto que ninguna emoción, ninguna idea, ninguna impresión de ningún tipo acuden a cambiarla, a modificarla, a embellecerla, ya que las fuentes del sentimiento parecen selladas y a la rigidez de la mente acompaña la del cuerpo. Tiesos, estatuarios, incapaces de moverse ni de hablar, el señor Serle y la señorita Anning sintieron como si un hechicero los hubiera

liberado, y la primavera les llenara cada vena con torrentes de vida, cuando Mira Cartwright, palmeando el hombro del señor Serle, dijo:

–Te vi en el *Meistersinger* y no me saludaste, sinvergüenza. No mereces que vuelva a dirigirte la palabra.

Y así pudieron separarse.

## La presentación

Lily Everit vio que la señora Dalloway venía hacia ella desde el otro extremo del salón, y hubiera querido suplicarle que no la molestara. Sin embargo, cuando la vio aproximarse con la mano derecha levantada y una sonrisa que Lily pudo entender bien (aunque esta fuera su primera fiesta) y que significaba «Tienes que salir de tu rincón y conversar con la gente» —una sonrisa al mismo tiempo benévola y drástica— sintió la más extraña mezcla de excitación y temor, de deseos de estar sola y anhelo de que la sacaran de allí y la arrojaran a las hirvientes profundidades. Pero la señora Dalloway fue interceptada y detenida por un viejo caballero de bigote blanco. Y Lily Everit tuvo así un respiro de dos minutos para aferrarse —como a un mástil en el mar y con el placer de quien bebe a sorbos una copa de vino— al recuerdo de su ensayo sobre el carácter de Jonathan Swift que el profesor Miller le había devuelto esa misma mañana, marcado con tres estrellas rojas: sobresaliente. Sobresaliente, se repetía; pero el vino resultaba ahora mucho más débil de lo que había sido cuando de pie ante el espejo, terminaban de arreglarla (un toque aquí, otro allá) su hermana y Mildred, la doncella. Porque mientras las manos de las dos mujeres se movían sobre ella, sintió una agradable excitación en la superficie, pero debajo yacía intacto, como un trozo de metal reluciente, su ensayo sobre Swift, y todos los elogios que su hermana y Mildred le hicieron cuando bajó al vestíbulo para esperar el taxi —Rupert salió de su habitación y dijo que estaba elegantísima— apenas rizaban la superficie, pasaban como una brisa entre cintas, pero nada más. Una vida dividida (estaba segura) entre

realidad (el ensayo) y ficción (esta salida), entre roca y ola, pensó, viendo las cosas con tal intensidad que nunca olvidaría esa verdad y siempre se vería a sí misma como en ese instante, un blanco reflejo en la mampara de cristal del taxi, que se fundía inextricablemente en la oscura espalda del conductor: un momento de visión.

Luego, al entrar en la casa y ver a los invitados subir y bajar las escaleras, aquella piedra reluciente (su ensayo sobre Swift) comenzó a tambalearse y disolverse, se le escapaba de las manos, y todo su ser (ya no tan afilado como el diamante que parte al medio el corazón de la vida) quedó envuelto en una niebla de alarma y aprensión, acorralada en aquel rincón, a la defensiva. Este era el lugar famoso: el mundo.

Mientras observaba la escena, Lily Everit ocultó instintivamente su ensayo; se sentía avergonzada, desconcertada ahora, y al mismo tiempo ansiosa por ajustar el foco y captar en su exacta proporción (las anteriores habían resultado vergonzosamente erróneas) estas cosas que se achicaban y se dilataban (¿cómo llamarlas?... gente... ¿impresiones de la vida de la gente?) que parecían amenazarla y trepar sobre ella, inundarlo todo, dejándole tan solo –pues no se daría por vencida– la facultad de afrontar el peligro.

La señora Dalloway aún no había bajado el brazo, pero por el modo de moverlo mientras hablaba se veía que no se había olvidado adónde iba. Dejó al viejo soldado de bigote blanco y se acercó hasta aquella encantadora y tímida muchacha de ojos claros, pelo oscuro recogido de un modo muy poético y el cuerpo menudo envuelto en un vestido que parecía escurrirse, y le dijo:

–Ven que voy a presentarte–. Y tras un momento de duda, al recordar que Lily era una muchacha inteligente, que leía poesía, la señora Dalloway miró a su alrededor en busca de algún joven salido de Oxford, que hubiera leído todos los libros y pudiera hablar sobre Shelley. Y, tomando a Lily Everit de la mano, la condujo hacia un grupo de



jóvenes que charlaban animadamente, donde estaba Bob Brinsley.

Lily Everit retrocedió un poquito, como un velero tras la estela de un vapor, y mientras se dejaba llevar por la señora Dalloway, sintió que estaba a punto de suceder; que ahora nada podría evitarlo; nada podría salvarla de ser arrojada a un remolino (y ella solo deseaba que todo terminara) donde perecería o sería salvada. Pero ¿qué clase de remolino?

Ah, estaba hecho de un montón de cosas, y cada una era diferente para ella; la Abadía de Westminster; la sensación de estar rodeados de altos y solemnes edificios; el hecho de ser mujer. Tal vez fue esto último lo trascendente, lo que permanecía, fue en parte el vestido, pero también las pequeñas galanterías y las muestras de respeto del salón, lo que le hicieron sentir que salía de su crisálida para revelar lo que había permanecido oculto en la comfortable oscuridad de la infancia; una frágil y hermosa criatura ante la que los hombres se inclinaban, una criatura limitada que no podía hacer lo que quería, una mariposa con ojos de mil facetas y alas finas y delicadas, llena de dificultades, sensibilidades y tristezas: una mujer.

Mientras cruzaba el salón acompañada de la señora Dalloway, aceptó el papel que le tocaba representar y, como es natural, lo exageró un poco, como lo hubiera hecho un soldado orgulloso de la tradición y de su antiguo y famoso uniforme, consciente de su elegancia, de sus ajustados zapatos, de su pelo recogido, y pensando que si dejara caer un pañuelo (ya había ocurrido en otras ocasiones) un hombre se precipitaría a recogerlo, y eso acentuaría la delicadeza, la afectación de unos modales que no eran del todo suyos.

Lo suyo era correr, afanarse y reflexionar en sus largos paseos solitarios; trepar vallas, caminar entre el barro, en terrenos difusos, en el sueño, el éxtasis de la soledad; observar al chorlito y sorprender a los conejos, y penetrar en el corazón del bosque o en los desolados páramos para ser

testigo de pequeñas ceremonias sin público, ritos privados, pura belleza ofrecida por escarabajos y lirios del valle, y hojas muertas y lagos en calma, completamente ajenos a lo que los seres humanos pudieran pensar sobre ellos, que llenaban su mente de arrobamiento y admiración. Todo esto había sido hasta esta noche lo habitual, lo que le había permitido conocerse y gustar de sí misma, y así se había introducido en el corazón de sus padres, de sus hermanos y hermanas; y esto otro era una flor que se había abierto en diez minutos. Y al abrirse, la flor trajo, inevitablemente, su propio mundo, tan distinto, tan extraño: las torres de Westminster; los altos y simétricos edificios; la conversación; la civilización, pensó, mientras la señora Dalloway la conducía, esta forma de vida reglada que caía desde el cielo como un yugo sobre su cuello, suave pero indomable, como una afirmación que no admitía controversia. Las tres estrellas rojas de su ensayo se fueron oscureciendo, aunque de un modo sereno, pensativo, como si cedieran a la presión de un poder incuestionable, es decir, al convencimiento de que lo de ella no era dominar o afirmar, sino más bien airear y embellecer esta vida ordenada en la que todo estaba ya hecho: altas torres, campanas solemnes, edificios levantados ladrillo a ladrillo con el esfuerzo de los hombres, iglesias hechas con el esfuerzo de los hombres, y también parlamentos; e incluso la maraña de los hilos telegráficos, pensó Lily al mirar hacia la ventana, mientras caminaba. ¿Qué podía oponer ella a tan masivos logros masculinos? ¡Un ensayo sobre Jonathan Swift! Y al llegar al grupo, dominado por Bob Brinsley (el taco del zapato apoyado en la rejilla de la chimenea y la cabeza bien levantada), amplía la frente, seguro de sí mismo, delicado, recto, robusto, la piel tostada por el sol, descendiente directo de Shakespeare ¿qué podía hacer ella sino depositar en el suelo su ensayo y todo su ser, como una capa para que él la pisara, como una rosa para que la deshojara? Y así lo hizo, enfáticamente, cuando la señora Dalloway, que aún retenía su mano como si temiera que pudiese huir de ese juicio

sumario, dijo a modo de presentación: «Señor Brinsley... la señorita Everit. Los dos aman a Shelley». Pero lo de ella no era amor en comparación con el de él.

Al decir esto, la señora Dalloway se sintió absurdamente conmovida, como le ocurría siempre que recordaba su juventud. Estos jóvenes se conocían en su fiesta, un encuentro como el que produce el acero contra el pedernal (envarados allí los dos ante la actitud de la señora Dalloway) y surgía el más hermoso y antiguo de los fuegos, como observó en el cambio de expresión de Bob Brinsley, que pasó de la indiferencia a la aceptación, al cumplido, mientras estrechaba la mano de Lily, lo que presagiaba, pensó Clarissa, la ternura, la bondad, el amor hacia las mujeres latente en todos los hombres, una visión que a ella le llenaba los ojos de lágrimas, ya que aún le emocionaba más íntimamente ver en la propia Lily esa mirada tímida y de asombro, sin duda la más agradable en un rostro de muchacha. Y que un hombre sintiera eso por una mujer y una mujer sintiera eso por un hombre, y que de aquella corriente surgieran todos esos hogares, tantas esperanzas, aflicciones, tristezas, alegría y firmeza ante las catástrofes, hacía que la humanidad fuera hermosa, pensó Clarissa, y su propia vida (presentar a una pareja le hacía recordar su primer encuentro con Richard) infinitamente dichosa. Y se alejó.

Pero... ¿pero qué?, se dijo Lily Everit. Nada, pensó al instante y reprimió su aguda intuición. Sí, dijo. Le gustaba leer.

—¿Y también escribe, supongo? —dijo él—. Poemas, me imagino.

—Ensayos —contestó. Pero no permitiría que este horror se apoderara de ella. Iglesias y parlamentos, apartamentos, incluso los cables del telégrafo... todo eso, hecho con el esfuerzo de los hombres, y este joven, se dijo, que es descendiente directo de Shakespeare, de manera que no permitiría que aquel terror, esa sospecha de algo diferente, se apoderara de ella y le arrugara las alas y la sumiera en

la soledad. Pero mientras pronunciaba estas palabras lo vio —cómo expresarlo de otro modo— matar una mosca. Le arrancó las alas, el pie siempre apoyado en la rejilla de la chimenea, la cabeza inclinada hacia atrás, hablando de sí mismo con arrogancia. Aunque a ella no le importara que fuera insolente y arrogante con ella, lo que no soportaba era que fuese cruel con las moscas.

Inquieta, alejó esa idea, y se dijo ¿por qué no, ya que Brinsley es lo más valioso de este mundo? Si la tarea de ella era adorar, adornar, embellecer y ser adorada... para esto eran sus alas. Pero él hablaba, miraba, reía, arrancaba las alas con sus manos fuertes y hábiles y Lily le había visto hacerlo, y ella no podía ocultar que lo sabía. Así ha de ser, se dijo, y pensó en las iglesias, parlamentos y bloques de viviendas, dispuesta a agazaparse, protegerse y plegar las alas.

Pero... ¿qué era esto, por qué era así? Por más que hizo un esfuerzo, su ensayo sobre Swift se le fue imponiendo y las tres estrellas resplandecieron de nuevo, aunque ya no tan claras y brillantes, sino confusas y manchadas de sangre, como si aquel hombre, el gran Brinsley, al arrancar las alas mientras hablaba (de sus ensayos, de sí mismo y en una ocasión riéndose de una muchacha allí presente) hubiera ensombrecido el ligero ser de ella, confundiéndolo para siempre, y marchitando sus alas. Y, cuando él le volvió la espalda, Lily pensó con horror en las torres y en la civilización, en el yugo que desde los cielos había caído sobre su cuello y la aplastaba, viéndose como una criatura miserable y desnuda, como si, tras buscar refugio en un jardín sombrío, la expulsaran de allí diciendo, no, no hay refugios ni mariposas en este mundo, y esta civilización, esas iglesias, esos parlamentos y esos edificios..., se dijo Lily, mientras aceptaba los amables cumplidos de la señora Bromley, quien comentó luego que, como todos los Everit, Lily parecía «llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo».

## Antepasados

Cuando Jack Renshaw hizo ese tonto y pretencioso comentario acerca de que detestaba ver partidos de cricket, la señora Vallance pensó que debía llamar su atención de alguna manera; hacerles comprender, a él y a los otros jóvenes allí reunidos, lo que habría dicho su padre. Qué diferentes eran su padre y su madre –sí, y también ella– de todo aquello. Porque en comparación con hombres y mujeres realmente sencillos y dignos como su padre y su madre, todo este ambiente le resultaba tan trivial.

–Aquí estamos –dijo de pronto– hacinados en esta habitación sofocante, mientras en el campo, en casa, en Escocia... (sentía la obligación de hacer comprender a estos jóvenes, que después de todo eran bastante agradables aunque un poco cortos de miras, lo que sentían su padre y su madre, y en el fondo, también ella).

–¿Es usted escocesa? –preguntó él.

No sabía entonces... no sabía quién era su padre. Ignoraba que era hija de John Ellis Rattray y de Catherine Macdonald.

Había estado en Edimburgo por una noche, hace tiempo, dijo el señor Renshaw.

¡Una noche en Edimburgo! Y ella había pasado todos esos maravillosos años allí, allí y en Elliotshaw, en la frontera de Northumbria. Allí había corrido en libertad por los bosques de grosellas; allí llegaban los amigos de su padre, y ella, que no era más que una niña, había oído las conversaciones más maravillosas de su tiempo. Aún los veía: su padre, Sir Duncan Clements, el señor Rogers (el viejo señor Rogers, que era su ideal de sabio griego) sentados bajo el

cedro después de cenar, a la luz de las estrellas. Hablaban sobre todas las cosas de este mundo, le parecía ahora; eran demasiado generosos para reírse de los demás. Le habían enseñado a venerar la belleza. ¿Qué belleza había en esa sofocante habitación de Londres?

—Esas pobres flores —exclamó, pues había un par de claveles en el suelo, con los pétalos pisoteados. Sintió que le importaban demasiado las flores. A su madre le encantaban; desde niña le había enseñado que hacer daño a una flor era hacer daño a la cosa más exquisita de la naturaleza. La naturaleza había sido siempre su pasión... las montañas, el mar. Aquí en Londres, uno miraba por la ventana y solo veía casas: seres humanos apretados unos sobre otros en pequeños cajones. Un ambiente en el que ella no podría vivir. No soportaba pasear por Londres y ver a los niños jugando en la calle. Tal vez era demasiado sensible; la vida sería imposible si todos fueran como ella, pero cuando recordaba su infancia, su padre y su madre, y tanta belleza prodigada por ellos...

—¡Qué bonito vestido! —dijo Jack Renshaw, y a ella le pareció tan inapropiado que un hombre joven reparara en la ropa femenina. Su padre sentía una auténtica veneración por las mujeres, pero nunca se fijó en cómo iban vestidas. Y entre todas esas chicas, no había ni una sola que uno pudiera llamar bella, como ella recordaba a su madre, su querida y dignísima madre, que no parecía vestir de manera diferente en invierno y en verano, tanto si tenían invitados como si estaban solos, pero siempre parecía ella misma, así llevara encajes, o cuando fue mayor, una pequeña cofia. Cuando quedó viuda, permanecía durante horas sentada entre las flores, y parecía estar más con los fantasmas que con la familia, soñando con el pasado, que es, pensó la señora Vallance, a veces más real que el presente. Pero ¿por qué? Es en el pasado, pensó, con todos esos hombres y mujeres maravillosos, donde yo vivo realmente: son ellos los que me conocen; solo esas personas me entienden (y pensó en el

jardín bajo la luz de las estrellas, en los árboles, en el viejo señor Rogers y en su padre, vestido con su chaqueta de lino blanco). Sintió que sus ojos se ablandaban, como cuando están por brotar las lágrimas, allí de pie, en el salón de la señora Dalloway, mientras miraba, no a esa gente, a esas flores, a esa multitud ruidosa, sino dentro de sí, a aquella niñita que debía marcharse lejos, que corría a juntar flores y luego se sentaba en la cama del desván que olía a pino, a leer cuentos y poemas. Había leído todo Shelley entre los doce y los quince años y solía recitarlo para su padre, con las manos escondidas en la espalda, mientras él se afeitaba. Las lágrimas comenzaron a subir desde su garganta al recordar esa imagen de sí misma y al añadirle el sufrimiento de una vida (había sufrido tanto): la vida le había pasado por encima como una rueda —la vida no había sido lo que pensaba entonces... era en realidad como esta fiesta— a aquella niña allí, de pie, recitando Shelley, con sus salvajes ojos oscuros. ¡Qué no verían después esos ojos! Y solo aquellas personas —ahora muertas y enterradas, allá lejos en la tranquila Escocia— la habían conocido y sabían qué podía dar de sí. Y ahora sintió las lágrimas muy próximas al pensar en la niña con su vestido de algodón, con aquellos ojos grandes y oscuros; qué hermosa parecía recitando la «Oda al viento del oeste»; qué orgulloso estaba su padre de ella, y qué grande era él, y qué grande era su madre, y cómo cuando estaba con ellos ella era tan pura, tan buena y tan inteligente, que podría haber hecho lo que quisiera. Si ellos hubieran vivido, y ella hubiera estado siempre con ellos, ese jardín (que ahora le parecía el lugar donde había transcurrido toda su infancia, y estaba siempre estrellado y era siempre verano, y ellos estaban siempre sentados bajo el cedro fumando, excepto de alguna manera su madre, que soñaba a solas, con su cofia de viuda entre sus flores; y qué buenos y amables y respetables eran los viejos sirvientes, Andrewes, el jardinero, Jersy la cocinera, y el viejo Sultán, el perro de Terranova; y la enredadera, y el estanque, y la

bomba de agua...). Y la señora Vallance, muy digna, irónica y altiva, comparó su vida con las de los otros, y si aquella vida, se dijo, hubiera continuado para siempre, entonces no sentiría nada de esto... –miró a Jack Renshaw y a la chica del vestido bonito– y habría podido tener una existencia y habría sido, ay, perfectamente feliz, perfectamente buena, en vez de verse forzada a estar allí escuchando a un joven decir –y rió casi con desdén, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas– ¡que no soportaba ver un partido de cricket!



## El vestido nuevo

Mabel tuvo la primera sospecha seria de que algo no iba bien, cuando se quitó la capa y la señora Barnet, mientras le alcanzaba el espejo y tomaba los cepillos—llamando de este modo su atención, de manera un poco exagerada, sobre los utensilios para el cuidado del cabello, el cutis y la ropa, extendidos sobre el tocador— le confirmó lo que había presentado (algo no iba bien, no iba del todo bien). La sospecha se agudizó en el momento de subir las escaleras y se apoderó definitivamente de ella cuando saludó a Clarissa Dalloway, y luego fue al otro extremo de la habitación donde había un espejo y se miró. ¡No! No estaba *bien*. Y la tristeza que siempre había intentado ocultar, esa profunda insatisfacción—la sensación que había tenido desde niña de ser inferior a otras personas— se apoderó de ella, implacable, despiadada, con una intensidad que no podía apaciguar leyendo a Borrow o a Scott como hacía en su casa cuando se despertaba por las noches y no podía volver a dormir; porque aquellos hombres, aquellas mujeres, todos pensaban «¿Qué se puso Mabel?», «¡Qué espanto!», «¡Qué horrible vestido nuevo!», parpadeando y entrecerrando los ojos al acercarse a ella. Lo que la deprimía era su torpeza, su cobardía, su mala pata y su sangre aguada. Y de pronto, aquella habitación donde durante horas había planeado con la pequeña modista cómo debía ser el vestido, se veía sórdida, repulsiva. Y su propio salón tan mísero, y ella tan ridícula en el momento de salir, cuando tomó las cartas que estaban en la mesita del recibidor y dijo «¡Qué aburrido!», como para presumir. Todo esto le parecía ahora indeciblemente tonto, provinciano, despreciable. Todo había quedado destruido

por completo, puesto en evidencia, hecho añicos cuando entró en el salón de la señora Dalloway.

Aquella tarde, en el momento en que llegó la invitación de la señora Dalloway mientras Mabel tomaba el té, pensó, por supuesto, que ella no podía estar a la moda, era absurdo incluso intentarlo –a la moda significaba buen corte, significaba estilo, significaba al menos treinta guineas de gasto– pero ¿por qué no ser original? ¿Por qué no ser ella misma al menos? Y levantándose, había tomado el viejo figurín de su madre, un figurín del París de la época del Imperio y pensado cuánto más bonitas, más dignas y más femeninas eran las mujeres de entonces, y se dispuso –¡qué estupidez!– a imitarlas, alegrándose de verdad por ser modesta, anticuada y encantadora. Entonces se entregó sin dudarlo a una orgía de narcisismo que merecía ser castigada, y salió así vestida.

Pero no se atrevía a seguir mirándose al espejo. No podía enfrentarse a todo ese horror: el vestido de seda amarillo pálido, ridículamente pasado de moda, con esa falda larga y esas altas mangas, esa cintura y todo lo que tan bonito le había parecido en el figurín pero no en ella, no entre todas esas personas reales. Se sintió como un maniquí, puesto allí para que los jóvenes le pincharan alfileres.

–¡Pero mi querida, estás absolutamente encantadora! –comentó Rose Shaw, mirándola de arriba a abajo con ese gesto burlón en los labios, tal como ella esperaba. Rose estaba completamente a la moda, al igual que todos los demás, siempre.

Somos como moscas tratando de trepar hasta el borde del plato, pensó Mabel y repitió la frase como si se santiguara, como si pudiese encontrar un conjuro para mitigar el dolor, para hacer soportable esta agonía. Frases de Shakespeare, fragmentos de libros que había leído hacía mucho tiempo, le venían a la memoria cuando estaba angustiada y las repetía una y otra vez. «Moscas tratando de trepar», repetía. Si pudiera decirlo tantas veces como para llegar a

verlas, se quedaría tranquila, helada, quieta, muda. En ese momento las vio salir despacio llegando al borde del platito de leche, con las alas pegadas; y se esforzó más y más (de pie frente al espejo, mientras escuchaba a Rose Shaw) por ver a Rose Shaw y a los otros invitados como moscas que intentaban salir de algo o entrar en algo, inconsistentes, torpes, insignificantes moscas. Pero no conseguía verlos de ese modo; no a ellos. Sí podía verse a sí misma como una mosca... pero ellos eran libélulas, mariposas, insectos bellos que danzaban, revoloteaban, sobrevolaban mientras que solo ella luchaba por salir del plato. (Envidia y rencor, los más detestables vicios, eran sus mayores defectos).

–Me siento como una mosca grande y sucia –dijo, haciendo que Robert Haydon se detuviese al escucharla; lo dijo solo para tranquilizarse puliendo una pobre, pusilánime frase, y así mostrar que era tan independiente, tan ingeniosa, que en modo alguno se sentía marginada. Y desde luego, Robert Haydon respondió algo muy cortés, bastante falso, que ella interpretó al instante y se dijo a sí misma (otra frase sacada de un libro): «¡Mentira, mentira, mentira!». Porque una fiesta, pensó, hace que las cosas parezcan mucho más o mucho menos reales; se adentró por un instante en el corazón de Robert Haydon y lo vio todo. Vio la verdad. Esto era la verdad, este salón, este yo y no el otro. El pequeño taller de costura de la señorita Milan era sofocante, mal ventilado, sórdido. Olía a ropa y a repollo hervido; y sin embargo, cuando la señorita Milan le entregó el espejo y se vio con el vestido puesto, terminado, una extraordinaria felicidad traspasó su corazón. Bañada de luz, sintió que entraba en la existencia. Libre de preocupaciones y de arrugas, todo lo que soñaba para sí misma estaba allí: una mujer hermosa. Por un segundo (no se atrevió a mirar más tiempo, porque la señorita Milan quería saber el largo de la falda) se contempló enmarcada en las volutas de caoba, una encantadora muchacha de enigmática sonrisa,

la esencia de sí misma, su propia alma. Y no fue solo vanidad, no fue solo narcisismo lo que la hizo sentir que esa imagen era buena, tierna y verdadera.

La señorita Milan dijo que la falda no podía ser más larga; en todo caso, dijo, frunciendo el ceño, poniendo en ello sus cinco sentidos, debería ser más corta. Y Mabel sintió de pronto, con sinceridad, un gran cariño por la modista, mucho, mucho más cariño que por cualquier otra persona en el mundo, y hubiera llorado de piedad al verla arrastrada por el suelo con la boca llena de alfileres, la cara roja y esos ojos saltones. Le parecía extraordinario que un ser humano hiciera esto para otro, y vio a todos como seres humanos y a ella misma saliendo para su fiesta y a la señorita Milan tapando la jaula del canario, o dejándole tomar una semilla de entre sus labios. Y pensar en eso, pensar en ese costado de la naturaleza humana, en su paciencia, su capacidad de resistencia y su manera de conformarse con pequeños placeres tan miserables, tan nimios, tan sórdidos, inundó sus ojos de lágrimas.

Y ahora todo se había evaporado. El vestido, la habitación, el afecto, la compasión, el espejo con marco de caoba y la jaula del canario; todo se había evaporado, y aquí estaba, en su rincón de la sala de la señora Dalloway, padeciendo esta tortura, plenamente consciente de la realidad.

Pero era tan insignificante, tan cobarde y mezquino, a su edad, con dos hijos, ser todavía tan dependiente de la opinión ajena y no tener principios ni convicciones. No ser capaz de decir, como hacen otros «¡Existe Shakespeare!», «¡Existe la muerte!», «No somos más que una gota de agua en la inmensidad del océano», o lo que fuese que se dijera.

Se miró de frente en el espejo, se acomodó el hombro izquierdo y entró a la sala sintiendo que de todas partes arrojaban lanzas sobre su vestido amarillo. Pero en lugar de sentirse furiosa o trágica, como habría hecho Rose Shaw—en una actitud de reina Boadicea— ella parecía tonta y tímida, y sonriendo con afectación como una escolar, cruzó

la habitación con los hombros caídos, escabulléndose como un perro apaleado, para fijar la atención en un cuadro, o en un grabado. ¡Cómo si alguien fuera a una fiesta a mirar un cuadro! Todo el mundo se dio cuenta por qué lo hacía: por vergüenza, por humillación.

«Ahora la mosca está en el plato», se dijo, «justo en el medio, y no puede salir –pensó rígida, mirando el cuadro– porque la leche le ha pegado las alas».

–Es tan anticuado –le dijo a Charles Burt, haciéndolo detenerse (cosa que odiaba) cuando se dirigía a charlar con otra persona.

Ella quería decir, o intentó creer que quería decir, que se refería al cuadro y no al vestido, con lo de anticuado. Una palabra de elogio, una palabra afectuosa por parte de Charles, lo habría hecho todo diferente. Solo con que hubiera dicho «Estás encantadora esta noche, Mabel», su vida habría cambiado. Claro que para eso ella debió haber sido franca y directa. Naturalmente, Charles no dijo nada parecido. Era la malicia en persona. Siempre adivinaba lo que pensaban los demás, especialmente si se sentían débiles, inseguros, ínfimos.

–¡Mabel se puso un vestido nuevo! –dijo, y la pobre mosca cayó de nuevo en el centro del platillo. Realmente él deseaba verla ahogada, pensó. No tiene corazón, ni bondad verdadera, solo una falsa simpatía. La señorita Milan era mucho más real, mucho más amable. Si uno pudiera darse cuenta de eso y aferrarse a ese sentimiento para siempre. ¿Por qué?, se preguntó, mirando a Charles con descaro, haciéndole ver que estaba enojada, o «alterada», como diría él. (¿Algo alterada? dijo él y se fue a reír de ella con una mujer que estaba por allí). ¿Por qué –se preguntó– no puedo sentir siempre una misma cosa, estar segura de que la señorita Milan es la que está en lo cierto y Charles no, y apegarme a eso; afirmar que existen el canario y la lástima y el amor, y no sentirme desvalida en cuanto entro en un salón lleno de gente? Otra vez su débil y detestable carácter,

cediendo en el momento crítico en vez de interesarse en la conculiología, la etimología, la botánica, la arqueología, el cultivo de las papas y la satisfacción de verlas crecer, como Mary Dennis, como Violet Searle.

Entonces la señora Holman, viéndola allí parada, se le acercó. Claro que la señora Holman, con sus hijos que rodaban continuamente por las escaleras o se enfermaban de escarlatina, era incapaz de fijarse en un vestido nuevo. ¿Podía decirle Mabel si Elmthorpe se alquilaba en agosto o en setiembre? Oh, era una conversación que aburría horriblemente a Mabel, la ponía furiosa verse tratada como un agente inmobiliario o como un chico de los mandados. Odiaba que la usaran, que no la valoraran, pensó, intentando agarrarse de algo sólido, algo real, mientras se esforzaba por contestar en forma coherente acerca del cuarto de baño y la orientación sur y el agua caliente hasta el piso de arriba de la casa. Y todo el tiempo veía fragmentos de su vestido amarillo en el espejo ovalado, que reducía a todos los presentes al tamaño de botones o renacuajos; y era sorprendente pensar cuánta humillación, cuanta agonía, cuanto desprecio por uno mismo, y cuanto esfuerzo y altibajos de estado de ánimo había en algo del tamaño de una moneda de tres peniques. Y aún era más asombroso, que esta cosa, esta Mabel Waring, se mantuviera al margen, completamente aislada, y aunque la señora Holman (el botón negro) estuviera inclinada hacia adelante contándole cómo su hijo mayor forzaba demasiado su corazón de tanto correr, también la veía separada en el espejo y parecía imposible que el punto negro inclinado y gesticulante lograra que el punto amarillo, sentado en soledad, centrado en sí mismo, sintiera lo mismo que él, aunque ambos fingieran.

«Es imposible mantener quietos a los niños», era el tipo de cosas que se decían.

La señora Holman, para quien nunca era suficiente la atención que se le diera, y se lanzaba con avidez sobre lo poco que alguien pudiera ofrecerle como si tuviera todo

el derecho del mundo (aunque ella se merecía mucho más porque su hijita había venido esa mañana con una rodilla hinchada), aceptó esa oferta miserable, la examinó con recelo, a regañadientes, como si fuera solo medio penique cuando debería haber sido una libra, y la metió en su bolso resignada a conformarse, por pobre y mísera que fuese, pues eran tiempos difíciles, muy difíciles. Y la ofendida señora Holman siguió charlando, con tono estridente sobre la niña con la rodilla hinchada. Ah, qué trágica era esta codicia, esta avidez de los seres humanos, como una bandada de cormoranes graznando y agitando sus alas para llamar la atención. Era trágico ¡si es que uno llegaba a sentirlo de verdad y no se limitaba más que a fingir!

Pero esa noche, con su vestido amarillo, ella no podía soltar una gota más de compasión; la quería toda, toda para sí. Sabía (seguía mirándose en el espejo, hundiéndose en ese azulado estanque horriblemente revelador) que la condenaban, que la despreciaban, la abandonaban en el agua estancada por ser como era: débil e indecisa. Y le parecía que el vestido amarillo era la penitencia que se merecía, y aunque hubiera venido vestida como Rose Shaw, con ese precioso vestido verde muy ceñido y el volante de plumas de cisne, también la habría merecido; pensó que para ella no había escapatoria. Sin embargo, no era suya toda la culpa. Pertenece a una familia de diez hijos, nunca tenían suficiente dinero, siempre andaban escatimando, su madre acarrea grandes cubos de agua y el linóleo estaba gastado en los bordes de los escalones y siempre había una pequeña tragedia familiar después de la otra; nada catastrófico: solo que la cría de ovejas nunca acababa de salir adelante, que el hermano mayor se casaba con una mujer de condición inferior, pero tampoco demasiado... No había nada romántico, nada extremo en ellos. Pasaban las vacaciones dignamente en pueblos costeros; incluso hoy cualquier balneario contaba con alguna de sus tías alojadas en habitaciones sin vista al mar.

Así era en su familia: siempre tenían que mirar las cosas de costado. Y Mabel había hecho lo mismo: era igual que sus tías. Todos sus sueños de vivir en la India, de casarse con un héroe como Sir Henry Lawrence, con algún constructor de imperios (todavía hoy al ver a un hombre con turbante se ponía romántica), se habían esfumado por completo. Se había casado con Hubert, que tenía un puesto seguro en los Tribunales de Justicia, aunque fuera de subalterno, y vivían pasablemente en una casa más bien pequeña, sin criadas, recalentando las sobras cuando estaba sola o comiendo solo pan y manteca, pero de vez en cuando... —la señora Holman estaba furiosa, consideraba que Mabel era la cosa más seca y desagradable que había conocido, además de vestirse de manera ridícula, lo que pensaba contarle a todo el mundo— de vez en cuando, se dijo Mabel Waring, abandonada en el sofá azul y ahuecando con la mano el almohadón para aparentar que estaba ocupada, pues no quería unirse a Charles Burt y a Rose Shaw, que conversaban como urracas junto a la chimenea, tal vez riéndose de ella... de vez en cuando... vivía momentos maravillosos, como la otra noche, por ejemplo, leyendo en la cama, o junto al mar sobre la arena, bajo el sol, en Pascua —dejémosla recordar— cerca de una mata de juncos que se alzaban enmarañados como una lluvia de lanzas contra el cielo, un cielo de un azul como un huevo de porcelana liso, firme, terso, y la melodía de las olas (shhh, shhh, decían), y los gritos de los niños chapoteando... Sí, fue un instante divino y allí estaba ella, en manos de la diosa que era el mundo, una diosa de corazón duro, pero muy bella, y se veía a sí misma como un corderito depositado al pie del altar (uno puede pensar esta clase de tonterías, siempre que no las diga en voz alta). También había pasado momentos inesperadamente hermosos con Hubert, el momento de cortar la carne para el almuerzo del domingo, sin ninguna razón, al abrir una carta, al



entrar a una habitación. Bellos momentos en los que se decía a sí misma (porque nunca lo compartía con nadie) «Es esto. Sucedió. ¡Es esto!». Y lo contrario también era sorprendente, cuando todo coincidía –la música, el buen tiempo, las vacaciones– estaban todas las condiciones para ser feliz, y sin embargo no pasaba nada. No se sentía feliz. Todo era chato, chato, eso era todo.

Era su miserable forma de ser, otra vez, ¡sin duda! Siempre había sido una madre irritable, débil, insatisfecha, una esposa insegura, instalada en una especie de letargo, sin nada demasiado claro o marcado, sin decidirse por una cosa o por otra, igual que sus hermanos y hermanas, a excepción tal vez de Herbert, todos ellos pobres criaturas de sangre aguada, incapaces de hacer nada. Sin embargo, en medio de esta vida mezquina, de pronto se encontraba en la cresta de la ola. La horrible mosca –¿dónde había leído la historia de la mosca y el platito, que le venía a la mente una y otra vez?– lograba salir. Sí, ella tenía esos momentos. Pero ahora que había cumplido cuarenta, tal vez fueran menos y menos frecuentes. De a poco, dejaría de luchar. ¡Y eso era deplorable! ¡Era intolerable! ¡Sentía vergüenza de sí misma!

Mañana iría a la biblioteca de Londres. Encontraría algún libro maravilloso, útil, impactante, escrito por un clérigo, por un americano absolutamente desconocido; o caminaría por el Strand y, al azar, se dejaría caer en una sala donde un minero hablaría sobre su vida en el socavón, y de repente, se convertiría en una nueva persona. Se habría transformado totalmente. Usaría uniforme, la llamarían hermana Algo, y nunca volvería a preocuparse por la ropa. Y por siempre jamás tendría claro lo que tiene que ver con Charles Burt y la señorita Milan y aquella habitación y esta habitación; por siempre, día tras día así estuviera tomando sol o cortando la carne. ¡Y así sería!

De modo que se levantó del sofá azul, y también lo hizo el botón amarillo en el espejo, y saludó con la mano

a Charles y a Rose para demostrarles que no dependía de ellos en lo más mínimo, y el botón amarillo salió del espejo, y todas las lanzas se concentraron en su pecho mientras caminaba hacia la señora Dalloway y la saludaba con un «Buenas noches».

–Pero es muy temprano para irse –dijo la señora Dalloway, siempre encantadora.

–Siento tener que marcharme –dijo Mabel Waring–. Pero –agregó con su voz débil y temblorosa que solo sonaba ridícula cuando intentaba controlarla–. Lo he pasado muy bien.

–Lo he pasado estupendamente –le dijo al señor Dalloway, cuando se cruzó con él en las escaleras.

«¡Mentira, mentira, mentira!», se dijo, mientras bajaba, y «derecho al platillo», se dijo a sí misma mientras agradecía a la señora Barnet por ayudarla a envolverse, bien envuelta, en la capa china que usaba desde hacía veinte años.

## Un resumen

Como se ponía caluroso y sofocante con tanta gente dentro del salón; como no podía haber ningún peligro de humedad en una noche como esta; como los farolitos chinos parecían frutos verdes y rojos en lo profundo de un bosque encantado, el señor Bertran Pritchard llevó a la señora Latham al jardín.

El aire libre y la sensación de estar afuera desconcertaron a Sasha Latham, una mujer alta, bella y algo indolente, cuya altiva presencia era tan impactante que la gente no hubiera sospechado nunca su inseguridad y su torpeza para decir algo en una fiesta. Pero así era, y se alegraba de estar con Bertram, de quien se podía confiar en que, aún al aire libre, no pararía de hablar. Si estuvieran escritas, sus palabras resultarían increíbles, no solo porque todo lo que decía era insignificante, sino porque no había conexión alguna entre un comentario y otro. En realidad, si alguien tomara un lápiz y escribiera sus palabras –y con solo una noche de su conversación podría llenarse un libro entero– al leerlas nadie dudaría de que el pobre hombre era intelectualmente deficiente. Sin embargo, este no era el caso, porque el señor Pritchard era un estimado funcionario y Caballero de la Orden del Baño, y lo que es más extraño, todo el mundo parecía apreciarlo. Había una entonación en su voz, un acento enfático, un cierto lustre en la incongruencia de sus ideas, cierta emanación de su rostro redondo y moreno, y en su figura de petirrojo, algo inmaterial, imposible de medir, que existía y se hacía sentir con independencia de sus palabras, y hasta con frecuencia se oponía a ellas. Esto debería estar pensando Sasha Latham mientras él parloteaba sobre

su viaje a Devonshire, sobre hostales y sus dueñas; sobre vacas y viajes nocturnos, sobre cremas y estrellas, sobre ferrocarriles continentales y sobre Bradshaw, la pesca y el bacalao, resfríos, gripe, reumatismo y Keats. Ella pensaba en él en abstracto, como una persona cuya existencia era buena, y lo creaba, mientras lo escuchaba hablar, de una manera completamente diferente al que hablaba; y por cierto era el verdadero Bertram Pritchard, aunque uno no pudiera probarlo. ¿Cómo podría uno probar que era un amigo leal y muy comprensivo? Pero en este momento, como solía suceder hablando con Bertram Pritchard, ella se olvidó de su existencia y empezó a pensar en otra cosa.

Pensaba en la noche, confundiendo con ella de algún modo al contemplar el cielo. Y de pronto sintió el olor del campo, la sombría quietud del campo bajo las estrellas; pero aquí en el jardín de la señora Dalloway en Westminster, la belleza —a ella que había nacido y se había criado en el campo— la llenaba de emoción, por el contraste, seguramente; por un lado, el olor del heno en el aire, y a sus espaldas, los salones llenos de gente. Caminó con Bertram; caminaba como una gacela, con los tobillos un poco débiles, abanicándose, majestuosa, en silencio, con todos los sentidos alerta, aguzando el oído, olisqueando el aire, como si fuera una criatura salvaje, aunque perfectamente mansa, que sintiera el placer de la noche.

Esto, pensó, es la maravilla más grande, el logro supremo de la raza humana. Donde antes había juncos y piraguas surcando el pantano, ahora está todo esto. Y pensó en la casa de paredes sólidas, bien construidas, resguardada de la humedad y llena de objetos valiosos, de personas que se acercaban unas a otras, que se separaban unas de otras, que intercambiaban sus puntos de vista y se estimulaban recíprocamente. Y Clarissa Dalloway había hecho construir esta casa en el páramo de la noche, había cubierto el pantano de piedras, y cuando llegaron al final del jardín (que era bastante pequeño) y ella y Bertram se sentaron

en las reposeras, Sasha miró hacia la casa con veneración, con entusiasmo, como si una flecha dorada atravesara su cuerpo y los ojos se le llenaran de lágrimas de profundo agradecimiento. Aunque era tímida y prácticamente incapaz de decir nada cuando le presentaban a alguien —era un ser humilde, sobre todo— ella sentía una profunda admiración por las otras personas. Ser como ellas hubiera sido maravilloso, pero estaba condenada a ser ella misma y solo podía, a su manera silenciosa de ser entusiasta, sentada afuera en el jardín, aplaudir a esa sociedad humana de la que estaba excluida. Le venían a los labios versos de elogio a los demás: eran adorables y buenos, sobre todo valientes, vencedores de la noche y de los pantanos; eran los sobrevivientes, el grupo de aventureros que, rodeado de peligros, se hizo a la mar.

Por alguna maldad del destino ella no podía unírseles, pero podía sentarse y hacer sus alabanzas mientras Bertram hablaba; él, que seguramente se contaba entre los navegantes, como un camarero de abordó o un simple marinero que sube a los mástiles silbando alegremente. Mientras pensaba esto, la rama de un árbol enfrente de ella se impregnó y empapó de su admiración por la gente de la casa; goteó oro, firme como un centinela. Era parte de la galante y alegre compañía, como un mástil del que ondeara la bandera. Había un tonel, o algo parecido, contra la tapia, y también al tonel le dio vida.

De pronto Bertram, que era inquieto por naturaleza, quiso explorar el terreno y, saltando sobre un montón de ladrillos, miró por encima de la tapia del jardín. Sasha miró también. Vio un balde o tal vez una bota. En un segundo la ilusión se desvaneció. Allí estaba Londres otra vez; el vasto mundo indiferente e impersonal; autobuses, negocios, luces en los bares y policías bostezando.

Satisfecha la curiosidad y colmada, con un momento de silencio, la borboteante fuente de su conversación, Bertram acercó dos sillas más e invitó al señor y a la señora

Nosecuánto a sentarse con ellos. Allí se sentaron otra vez, a mirar la misma casa, el mismo árbol, el mismo tonel; solo que después de asomarse al otro lado de la tapia y haber visto el balde, o más bien la ciudad tan indiferente como siempre, Sasha ya no era capaz de rociar al mundo con esa nube de oro. Bertram hablaba y los Nosecuánto –nunca podría recordar si se llamaban Wallace o Freeman– respondían y sus palabras atravesaban una fina neblina dorada para caer luego en la prosaica luz del día. Miró la sólida casa estilo Reina Ana; hizo lo posible por recordar qué había leído en la escuela sobre la Isla de Thorney y los hombres en las piraguas, las ostras, los patos salvajes y la neblina. Pero le pareció un tema de carpinteros y desagües, y esta fiesta, nada más que un grupo de personas en traje de etiqueta.

Después se preguntó qué vista era la verdadera. Podía ver el balde y la casa medio iluminada, medio a oscuras.

Se hizo esta pregunta sobre ese alguien a quien, a su humilde manera, había creado a partir de la sabiduría y el poder de las otras personas. La respuesta solía venir por accidente... e incluso se había dado el caso de que su viejo spaniel le respondiera moviendo la cola.

Ahora el árbol, desprovisto de su oro y majestad, pareció proporcionarle una respuesta y se convirtió en un árbol del campo, el único del pantano. Lo había visto a menudo, había visto las nubes rosadas entre sus ramas, o la luna dividida, lanzando irregulares destellos de plata. Pero ¿cuál era la respuesta? Bueno, que el alma –era consciente de que en su interior una criatura batía sus alas intentando salir, a la que por el momento llamaba alma– es por naturaleza solitaria, un ave viuda; un ave solitaria posada en ese árbol.

Pero entonces Bertram la tomó del brazo con aire familiar –porque se conocían de toda la vida– y le re-

cordó que no estaban cumpliendo con su deber y que debían entrar.

En ese momento, en algún callejón o en algún bar, rasgó el aire una voz terrible, asexuada, inarticulada; un chillido, un grito. Y el ave solitaria se sobresaltó y alzó el vuelo, describiendo círculos cada vez más amplios hasta convertirse (eso que ella llamaba alma) en un punto remoto como un cuervo que echa a volar espantado por una piedra.





## Una novela no escrita

Semejante expresión de tristeza bastaba por sí sola para hacer que mis ojos resbalaran sobre el periódico hasta más allá de su borde, hasta la cara de la pobre mujer, insignificante sin esa expresión, pero con ella casi un símbolo del destino humano. La vida es lo que se ve en los ojos de la gente; la vida es lo que la gente aprende y, después de haberlo aprendido, jamás, pese a que procura ocultarlo, deja de ser consciente... ¿de qué? De que la vida es así, parece. Cinco rostros enfrentados—cinco rostros adultos— y lo que cada uno sabe. ¡Qué extraño es que la gente intente ocultarlo! En todos hay signos de reticencia: labios cerrados, ojos entrecerrados, cada uno de los cinco hace algo para ocultar o reprimir ese conocimiento. Uno fuma, otro lee, un tercero comprueba las anotaciones de su agenda, el cuarto observa el mapa de ferrocarriles colgado enfrente, y el quinto... lo terrible del quinto rostro es que no hace absolutamente nada. Ella mira la vida. ¡Mi pobre y desdichada mujer, únete al juego! ¡Por nuestro bien, intenta ocultarlo!

Como si me hubiera oído, la mujer levantó la vista, se acomodó ligeramente en el asiento y suspiró. Parecía pedir disculpas y, al mismo tiempo, decirme: «Si usted supiera...». Después volvió a mirar la vida. «Pero lo sé», respondí en silencio, ojeando el *Times* para disimular. Lo sé todo. La paz entre Alemania y las potencias aliadas quedó ayer oficialmente garantizada en París... El Signor Nitti, primer ministro italiano... Un tren de pasajeros chocó con uno de carga en Doncaster... Todos lo sabemos—el *Times* lo sabe— pero fingimos que no lo sabemos». Una vez más, mi vista se había deslizado por encima del borde del periódico.

La mujer se estremeció, se llevó el brazo hacia el centro de la espalda en un extraño movimiento, y sacudió la cabeza negativamente. Una vez más me sumergí en mi gran embalse de vida. «Elige lo que quieras», proseguí, «nacimientos, defunciones, matrimonios, anuncios judiciales, las costumbres de los pájaros, Leonardo da Vinci, el asesinato de Sandhills, los altos salarios y el costo de la vida... Sí, toma lo que quieras», repetí, «¡todo está en el *Times*!»). De nuevo, con infinito cansancio, la mujer movió la cabeza a uno y otro lado hasta que, como una peonza cansada de tanto girar, la cabeza reposó sobre el cuello.

El *Times* no ofrecía protección contra una pena como la suya. Pero la presencia de los otros impedía establecer una comunicación. Lo mejor que cabía hacer contra la vida era doblar el periódico de manera que formara un perfecto cuadrado, crujiente, grueso, impermeable incluso a la vida. Hecho esto, levanté la vista rápidamente, protegida por mi propio escudo. Pero la mujer lo atravesó; me miró a los ojos como si buscara un sedimento de valentía en su fondo y lo mojará, hasta convertirlo en arcilla. Solo su estremecimiento negó toda esperanza y descartó toda ilusión.

Y así, traqueteando, cruzamos Surrey y entramos en Sussex. Pero, por tener la vista fija en la vida, no vi que los otros pasajeros se habían bajado, uno por uno, y nos habían dejado solas, con la salvedad del hombre que leía. Estábamos llegando a la estación de Three Bridges. Lentamente avanzamos junto al andén y nos detuvimos. ¿Nos dejaría solas el pasajero? Recé pidiendo las dos cosas; finalmente, recé para que se quedara. Y, en aquel instante, el hombre se levantó, arrojó el periódico despectivamente, como si se tratara de un asunto liquidado, abrió de golpe la puerta y nos dejó solas.

La desdichada mujer, inclinándose un poco hacia adelante, se dirigió a mí en tono suave; habló de estaciones y de vacaciones, de hermanos en Eastbourne, y del momento del año, que era, ahora no recuerdo bien, si el

principio o el final. Pero por fin, mirando por la ventanilla y al ver —me di cuenta— solo vida, suspiró: «Vivir lejos, Este es el inconveniente...». Ah, ahora se acercaba la catástrofe: «Mi cuñada»... la amargura de su tono era como limón sobre acero, y hablando, no para mí, sino para sí misma, musitó: «Tonterías, diría ella, eso es lo que dicen todos», y mientras hablaba no paraba de moverse, como si la piel de su espalda fuera la de un ave de corral desplumada en la vidriera de una pollería.

«Oh, ¡esa vaca!», exclamó, nerviosa, como si la gran vaca de madera que había en el prado la hubiera impactado, salvándola así de cometer una indiscreción. Después se estremeció y efectuó aquel torpe movimiento angular que le había visto hacer antes, como si, luego del espasmo, un punto situado entre los omóplatos le quemara o le picara. Después, de nuevo, adquirió el aspecto de la mujer más desdichada del mundo, y yo se lo reproché una vez más, aunque no con idéntica convicción, ya que, si hubiera alguna razón, y yo la supiera, aquel estigma sería eliminado de la vida.

«Las cuñadas», dije...

Frunció los labios como si se dispusiera a escupir veneno sobre esa palabra. Y así los dejó. Lo único que hizo fue quitarse un guante y frotar con fuerza una manchita en el vidrio de la ventanilla. Frotaba como si quisiera borrar algo para siempre jamás, una mancha, una indeleble impureza. Pero, a pesar de tanto frote, la mancha siguió allí, y la mujer volvió a hundirse en el asiento con un estremecimiento, y torció el brazo de aquella manera que yo ya había llegado a esperar. Algo me impulsó a tomar mi guante y frotar el vidrio de mi ventana. También había allí un puntito. Pero por más que froté, allí quedó. Y entonces un espasmo me estremeció y torcí el brazo para rascarme el centro de la espalda. También mi piel causaba la sensación que produce la húmeda piel de un pollo en la vidriera de una pollería; un punto entre los hombros me picaba y se sentía irritado,

pegajoso. ¿Lo alcanzaría? Subrepticamente, lo intenté. La mujer me vio. Una sonrisa de infinita ironía, de infinita tristeza, pasó por su cara y se desvaneció. Pero se había comunicado, había compartido su secreto y transmitido su veneno, ya no volvería a hablar. Reclinándome en mi rincón, protegiendo mis ojos de sus ojos, viendo solo las laderas y los valles grises y morados del paisaje invernal, capté su mensaje, descifré su secreto, lo leí en su mirada.

Hilda se llama la cuñada. ¿Hilda? ¿Hilda? Hilda Marsh, Hilda la lozana, la de grandes pechos, la matrona. Cuando llega el taxi, Hilda está de pie junto a la puerta, con una moneda en la mano. «Pobre Minnie, parece más que nunca un saltamontes... con el mismo viejo abrigo del año pasado. En fin, con dos hijos hoy en día no se puede hacer gran cosa. No, Minnie, ya lo tengo en la mano. Sírvase, señor. No, Minnie, no lo permitiré. Entra, Minnie. ¡Claro que llevo la maleta, hasta contigo podría cargar!». Y entran en el comedor. «Niños, la tía Minnie».

Despacio, los cuchillos y los tenedores salen de la alacena. Se levantan (Bob y Barbara), ofrecen, rígidos, la mano, y vuelven a sentarse, observándola entre bocado y bocado. [Pero esto nos lo vamos a saltar: los adornos, las cortinas, la fuente de porcelana con tréboles, los amarillos rombos de queso, los blancos cubos de bizcochuelo... Nos lo saltamos, pero, oh, ¡esperen! A mitad del almuerzo, uno de aquellos estremecimientos; Bob la mira, con la cuchara en la boca. Pero Hilda lo reprende: «Cómete el pudding, Bob». ¿Y a qué se debe este estremecimiento? Lo pasaremos por alto, lo pasaremos por alto hasta llegar al piso superior; escaleras con barandilla de metal; linóleo gastado; ¡oh, sí! la pequeña habitación con vista a los tejados de Eastbourne, tejados zigzagueantes como orugas, hacia aquí y hacia allá, a rayas rojas y amarillas, y pizarras negras azuladas.] Ahora, Minnie, la puerta se ha cerrado; Hilda baja pesadamente las escaleras; y tú desatas las correas de la maleta, dejas sobre la cama un deslucido camisón,

colocas una junto a otra unas zapatillas de felpa forradas de cuero. El espejo... no, tú evitas el espejo. Dispones metódicamente las horquillas. ¿Habrás algo dentro de la cajita de Carey? La sacudes; es el mismo botón de nácar del año pasado; no hay nada más. Y después la aspiración, el suspiro, el sentarse junto a la ventana. Las tres de una tarde de diciembre, llovizna, allá abajo un resplandor en el tragaluz de una tienda de telas, otra luz en el dormitorio de una criada. Esta se apaga. Ya no queda nada que mirar. Un momento de oscuridad... ¿En qué piensas? (Déjeme espiarla; duerme o finge dormir; ¿en qué podría pensar sentada junto a la ventana a las tres de la tarde? ¿En la salud, en el dinero, en facturas, en su Dios?) Sí, sentada justo en el borde de la silla, con la vista en los tejados de Eastbourne, Minnie Marsh le reza a sus dioses. Nada hay que objetar; y puede que también frote el vidrio, para ver mejor a Dios; pero, ¿a qué Dios ve? ¿Quién es el Dios de Minnie Marsh? ¿El Dios de las callejas de Eastbourne, el Dios de las tres de la tarde? Yo también veo tejados, veo cielo; pero, ¡mi querida, esto de ver a Dios! Se parece más al Presidente Kruger que al Príncipe Alberto. Esto es lo máximo que puedo decir sobre él; y lo veo sentado en un trono, con una levita negra; no es muy alto. Puedo proporcionarle una nube o dos para que se siente; y en la mano, que reposa en la nube, sostiene una vara, ¿o será un garrote? —negro, grueso, con púas— ¡un viejo bruto el Dios de Minnie! ¿Le mandó él el picor, la mancha y el estremecimiento? ¿Será por eso que Minnie reza? Lo que frota en la ventana es la mancha del pecado. ¡Minnie cometió un crimen!

Puedo escoger entre varios crímenes. Los bosques se deslizan y vuelan. En verano, aquí hay jacintos silvestres; y en el claro, cuando llega la primavera, rosas. ¿Fue una separación, hace veinte años? ¿Una promesa rota? ¡No la rompería Minnie!... Ella fue fiel. ¡Y cómo cuidó a su madre! Se gastó todos sus ahorros en la lápida de la tumba, flores protegidas con vidrio, jarrones con narcisos. Pero me estoy

desviando. Un crimen... Dirían que se guardó la tristeza, que reprimió su secreto –su sexo, dirían– los hombres de ciencia. Pero, ¡qué tontería dar a *Minnie* la carga del sexo! No, lo siguiente es más probable. Pasando por las calles de Croydon hace veinte años, unas cintas violetas en el escaparate iluminado de la mercería le llamaron la atención. Es tarde, ya son más de las seis. Pero, si se da prisa, llegará a casa a tiempo. Empuja la puerta giratoria de vidrio. Está abierto. Hay bandejas repletas de cintas. Se detiene, tira de esta, acaricia la otra con rosas; no hace falta elegir, no hace falta comprar, y cada bandeja tiene sus sorpresas. «Hasta las siete no cerramos», y enseguida ya son las siete. Corre, se angustia y llega a casa, pero llega tarde. Vecinos... el médico... el hermano bebé... el hervidor... quemado... hospital... muerto ¿o solo la impresión, la culpa? ¡Los detalles no importan! Es lo que *Minnie* lleva dentro: la mancha, el crimen, lo que debe expiar, siempre allí, entre los omóplatos.

«Sí», parece decirme con un movimiento de la cabeza, «eso es lo que hice».

Si lo hiciste o qué fue lo que hiciste, no me importa. No es esto lo que busco. El escaparate de la mercería con sus lazos violetas me basta; demasiado fácil, un poco vulgar, habida cuenta de que puedo escoger otros crímenes, pero hay tantos (déjenme volver a espiar: ¡sigue durmiendo o finge dormir!, blanca, cansada, cerrada la boca, algo de obstinación, más de la que cabría imaginar... sin rastro de sexo), tantos crímenes no son tu crimen; tu delito fue ínfimo, solo el castigo fue solemne. Ahora se abre la puerta de la iglesia, el duro banco de madera la recibe, se arrodilla en las baldosas marrones. Todos los días, invierno, verano, al anochecer, al amanecer (y ahora mismo) reza. Todos sus pecados caen, caen, eternamente caen. La mancha los recibe. Es pronunciada, es roja, quema. Y luego *Minnie* se estremece. Los niños pequeños la señalan con el dedo.

«Hoy Bob viene a almorzar». Pero las mujeres entradas en años son lo peor.

Realmente, ahora ya no puedes seguir rezando. Kruger se ha hundido en las nubes, como barrido por una pincelada gris a la que el pintor ha añadido un poco de negro; incluso la punta del garrote ha desaparecido ahora. ¡Es lo que siempre pasa! Precisamente cuando consigues verlo, sentirlo, llega alguien a interrumpir. Ahora es Hilda.

¡Cómo la detestas! Incluso cierra con llave la puerta del cuarto de baño por la noche, a pesar de que lo único que quieres es agua fría, y algunas veces, cuando has tenido una mala noche, parece que bañarse ayuda. Y John a la hora del desayuno... y los niños; las comidas son lo peor, y a veces hay amigos... los helechos no llegan a ocultarlos del todo y también ellos lo adivinan. Por esto te vas a caminar por la rambla, donde las olas son grises, y los papeles vuelan, y los toldos de vidrio son verdes y sopla el viento, y las sillas valen dos peniques, que es demasiado, porque en la arena habrá predicadores. Ah, ahí hay un negro; allí un hombre gracioso, un hombre con periquitos, ¡pobres criaturas! ¿Es que no hay aquí nadie que piense en Dios? Precisamente ahí, arriba, encima del muelle, con su vara... pero no, no hay nada salvo el gris del cielo, o el azul oculto tras las nubes, y la música —es música militar—, ¿y qué pescan?, ¿realmente atrapan algo? ¡Y cómo miran los niños! Y, después, bueno, volvamos a casa. «¡Volvamos a casa!». Las palabras tienen significado; hubiera podido decirlas el viejo de bigotes, no, no, este realmente no habló; pero todo tiene significado ...las placas en las puertas, los nombres sobre los escaparates de las tiendas, la fruta roja en las canastas, las cabezas de mujer en la peluquería, todo dice «¡Minnie Marsh!». Pero se produce una sacudida. «¡Los huevos están más baratos!». ¡Es lo que siempre sucede! Yo la precedía en el camino hacia la cascada, directo a la locura, hasta que como un rebaño de ovejas en un sueño, Minnie da media vuelta y se me escapa entre los dedos. Los

huevos están más baratos. No hay para la pobre Minnie Marsh, amarrados a las orillas del mundo, ningún crimen, ni tristeza, ni rapsodias, ni locura. Jamás llega tarde a almorzar, nunca la sorprende una tormenta sin impermeable, nunca desconoce el precio de los huevos. Y así, llega a casa y sacude las botas.

¿Te he interpretado bien? Pero la cara humana, la cara que se asoma por encima de la página repleta de letra impresa, contiene más cosas, retiene más cosas. Ahora se abren los ojos, mira, y en el ojo humano —¿cómo definirlo?— hay una ruptura, una división, de modo que, cuando te apoderas del tallo, la mariposa vuela... la mariposa nocturna que se posa al anochecer en la flor amarilla..., se va, al alzar la mano, lejos, hacia lo alto. No levantaré la mano. Estate pues quieto, temblor, vida, alma, espíritu, lo que seas, de Minnie Marsh —y yo también, sobre mi flor— el halcón sobre la colina, solo, ¿o cuál sería el valor de la vida? Elevarse, permanecer inmóvil al caer la tarde, al mediodía; permanecer inmóvil en la loma. El temblor de una mano ¡se va! Y se vuelve a posar. Solo, sin ser visto, viéndolo todo tan quieto ahí abajo, todo tan hermoso. Sin que nadie te vea, sin que a nadie importe. Los ojos de los demás son nuestras cárceles; sus pensamientos nuestras jaulas. Aire arriba, aire abajo. Y la luna y la inmortalidad... ¡Pero me dejo caer al césped! ¿También te has caído, tú, la que está en el rincón, como sea que te llames, mujer, Minnie Marsh, o cualquier otro nombre por el estilo? Ahí está, pegada a su flor, abre su bolso y saca una cáscara vacía —un huevo— ¿y quién decía que los huevos estaban más baratos? ¿Tú o yo? Fuiste tú quien lo dijo al regresar a casa, ¿lo recuerdas?, cuando el anciano caballero de repente abrió el paraguas... ¿o acaso estornudó? De todas maneras, el caso es que Kruger se fue, y tú «regresaste a casa» y sacudiste las botas. Sí. Y ahora colocas sobre tus rodillas un pañuelo en el que dejas caer trocitos de cáscara de huevo... fragmentos de un mapa, un rompecabezas. ¡Me gustaría juntarlos! Si al menos te



estuvieras quieta. Moviste las rodillas; el mapa volvió a quedar fragmentado. Por las laderas de los Andes caen los grandes bloques de mármol, se precipitan entrechocándose y aplastan y matan a una cuadrilla de arrieros españoles, junto con su convoy, el botín de Drake, oro y plata. Pero volvamos...

¿A qué, a dónde? Abrió la puerta, y puso el paraguas en el paragüero, como no podía ser de otra manera; y además se siente el aroma a carne asada que viene de abajo; punto, punto, punto. Pero no puedo eliminar tanto, lo que sí debo hacer —la cabeza baja, cerrados los ojos, con la valentía de un regimiento y la ceguera de un toro— lo que debo atacar y dispersar son, sin la más leve duda, las figuras que hay detrás de los helechos, los viajeros de comercio. Los he tenido escondidos ahí, durante todo este tiempo, con la esperanza de que, de una manera u otra, desaparecieran o, mejor todavía, aparecieran, tal como deben, si es que el relato ha de seguir adquiriendo riqueza y redondez, destino y tragedia, tal como deben los relatos, metiendo dentro de él a dos, cuando no tres, viajeros de comercio, y todo un campo de aspidistras. «El follaje de la aspidistra solo parcialmente ocultaba al viajante de comercio...». Las ponsetias lo ocultarían del todo, y, de propina, me darían ese macizo de rojo y blanco que tanto ansío y tanto busco; pero ponsetias en Eastbourne, en diciembre, en la mesa de los Marsh... No, no, no me atrevo; todo ha de basarse en cortezas de pan, vinagreras, lechugas y helechos. Más adelante, quizás haya un momento junto al mar. Además siento, cosquilleándome agradablemente, a través de los verdes calados y por encima de la barrera de cristal tallado, el deseo de mirar y examinar disimuladamente al hombre de enfrente —solo puedo permitirme uno. ¿No será James Moggridge, a quien los Marsh llaman Jimmy? [Minnie, debes prometerme que no te estremecerás hasta que haya solucionado este asunto.] James Moggridge es viajante de comercio de —¿botones, por ejemplo?—, pero todavía no

ha llegado el momento de meter los botones en la historia, grandes y pequeños en los largos cartones, algunos como ojos de perdiz, otros de oro mate, y los hay de coral y otros como piedritas, pero ya he dicho que no ha llegado aún el momento. Viaja, y el jueves es su día de Eastbourne, día en que come en casa de los Marsh. Su cara roja, sus menudos ojos grises de quieto mirar –en modo alguno totalmente vulgares– su enorme apetito (esto elimina riesgos; ya que no mirará a Minnie, hasta que el pan haya absorbido toda la salsa), con la servilleta colgando en forma de rombo –esto es primitivo, y sea cual fuere el efecto que pueda producir al lector, no voy a picar en este cebo. Ahora pasemos a la familia de Moggridge, pongamos este asunto en marcha. Todos los domingos, el propio James se encarga de remendar los zapatos de su familia. Lee *Truth*, lee «la verdad». Pero, ¿cuál es su pasión? Las rosas. Y su esposa es una enfermera de hospital retirada –interesante– pero, por el amor de Dios, ¡séame permitido poner a una mujer con un nombre que me guste! Pero no; esta mujer pertenece a los hijos nonatos de la mente, es ilícita, aunque no por ello la amo menos, al igual que a mis ponsetias. Cuántos son los que mueren en todas las novelas que se escriben: los mejores, los más amados, en tanto que Moggridge vive. La culpa la tiene la vida. Aquí tenemos a Minnie comiéndose el huevo, en este instante sentada ante mí, y al final de la fila –¿hemos pasado ya por Lewes?– forzosamente ha de estar Jimmy... ¿y a qué se debe el estremecimiento de Minnie?

Forzosamente tiene que estar Moggridge, la culpa es de la vida. La vida impone sus leyes; la vida bloquea el camino; la vida está detrás del helecho; la vida es el tirano; ¡pero no el matón! No, les aseguro que acudo voluntariamente, acudo impulsada por qué sé yo qué necesidad, por entre vinagreras y helechos, mesa sucia y botellas manchadas. Acudo, sin poder resistirme, para alojarme en algún lugar de la carne firme, de la robusta espina dorsal, de cualquier lugar en el que pueda penetrar, en que pueda en-

contrar la base firme de la persona, del alma, de Moggridge el hombre. La enorme estabilidad de su estructura, la espina dorsal dura como barba de ballena, recta como un roble; las costillas desplegándose en ramas; la carne como una lona tensa; sus rojos orificios; la succión y esponjamiento de su corazón; mientras que, de lo alto, la carne comestible cae en pardos cubos y la cerveza fluye, para que el hervor lo transforme todo en sangre... y así llegamos a los ojos. Detrás de la aspidistra, estos ojos ven algo: negro, blanco, lúgubre; ahora, la fuente con la comida otra vez; detrás de la aspidistra ven a una mujer entrada en años; «la hermana de Marsh, prefiero a Hilda»; ahora el mantel. «Marsh seguramente sabe cuál es el problema con los Morris...», será cuestión de hablar del asunto; han traído el queso; la fuente otra vez; da la vuelta... los enormes dedos; ahora la mujer sentada enfrente. «La hermana de Marsh, en nada se parece a Marsh; una mujer vieja y desdichada... debiera quedarse en casa... Gran verdad, por Dios, ¿por qué se retuerce ahora? ¿Qué habré dicho? ¡Querida, querida!... ¡esas mujeres viejas! Oh querida...».

[Sí, Minnie, ya sé que te has estremecido, pero espera un momento... James Moggridge.]

«¡Querida, querida, querida !...». ¡Qué hermoso es este sonido! Como el golpe de un martillo sobre la madera seca, como el latir del corazón de un viejo ballenero, cuando se alza la mar gruesa y las nubes cubren el cielo. «Querida, querida...», las campanas tocan a muerto para tranquilizar las almas de los inquietos, para tranquilizarlas y consolarlas, para envolverlas en sábanas, diciéndoles «¡Hasta la vista! ¡Buena suerte!», y, después, «¿Qué desea usted?», por cuanto si bien es cierto que Moggridge le hubiera ofrecido una rosa, esto es ya cosa pasada, esto se terminó. ¿Y qué viene a continuación? «Señora, va a perder el tren», porque los trenes no esperan.

Este es el camino del hombre; este es el sonido que resuena; esta es la catedral de San Pablo y estos son los

autobuses. Pero ya estamos barriendo las migas. Oh, Moggridge, ¿no se queda? ¿Debe irse? ¿Va a recorrer Eastbourne esta tarde, en uno de esos carritos? ¿Es usted de esos que se esconden entre cajas de cartón verde, a veces con las persianas bajas, sentado solemnemente, con mirada de esfinge, y siempre hay algo sepulcral, algo fúnebre, el ataúd y el atardecer sobre el caballo y el cochero? Dígame... pero las puertas se han cerrado de un portazo. Jamás nos volveremos a ver. ¡Adiós, Moggridge!

Sí, sí, ya voy. A lo más alto de la casa. Me quedaré un momento. El barro da vueltas y vueltas en la mente... qué torbellino dejan estos monstruos, las aguas golpeando en las rocas, las algas ondean, verdes aquí, negras allá, golpeando la arena, hasta que poco a poco los átomos vuelven a ordenarse, todo se sedimenta, los ojos vuelven a ver clara y serenamente, y a los labios acude una oración por los que se han ido, un funeral por las almas de aquellos que despedimos con una inclinación de cabeza, aquellos a los que jamás volveremos a ver.

Ahora, James Moggridge ha muerto, se ha ido para siempre. Bueno, Minnie... «No puedo aguantarlo más». Si ella dijo esto... (Déjenme mirarla. Está empujando la cáscara de huevo por profundos declives.) Lo cierto es que lo dijo, apoyada en la pared del dormitorio, y dando tirones a las borlas de la cortina color granate. Pero, cuando el yo le habla al yo, ¿quién es el que habla?, el alma enterrada, el espíritu que se adentra y adentra en la catacumba central; el yo que levantó el velo y abandonó el mundo, un cobarde tal vez, pero en cierta manera hermoso al deslizarse con su linterna arriba y abajo, inquieto, por los oscuros pasillos. «No puedo aguantarlo más», dice el espíritu de Minnie. «Ese hombre que ha venido a almorzar... Hilda... los niños». ¡Ay, Dios mío, su llanto! Es el espíritu llorando su destino, el espíritu llevado de aquí para allá, posándose en alfombras cada vez más pequeñas, encogidos restos de un universo que se desvanece: amor, vida, fe, marido, hijos, no sé qué

esplendores y fiestas vislumbrados en la adolescencia de una mujer. «No es para mí, no es para mí».

Pero, entonces, ¿los bizcochos y el viejo perro sin pelo? Colchas de cama, debería imaginar y el consuelo de las sábanas de lino. Si Minnie Marsh fuera atropellada y trasladada al hospital, las enfermeras e incluso los médicos exclamarían... Ahí está el panorama y la visión, ahí está la distancia, el punto azul al final de la avenida, en tanto que, a fin de cuentas, el té está rico, el bizcocho está caliente, y el perro... «¡Benny, a tu cesto, mira lo que te ha traído tu mamá!». Y así, quitándote el guante que tiene la punta del pulgar rota, desafiando una vez más a ese persistente demonio de lo que se llama tener problemas, renuevas tus fortificaciones y enhebras la lana gris, la pasas de un lado a otro.

La pasas de un lado a otro, del derecho y del revés, y tejes una tela de araña a través de la cual ni el mismísimo Dios... ¡cállate, no pienses en Dios! ¡Cuán firmes son las puntadas! Has de estar orgullosa de tu zurcido. Dejemos que nada la perturbe. Que la luz caiga suavemente, que las nubes revelen el tejido interno de la primera hoja verde. Que el gorrión se pose en la ramita y haga caer la gota de lluvia que colgaba en la punta... ¿Para qué levantar la vista? ¿Fue un sonido, un pensamiento? ¡Dios mío! ¿Tendrás que volver a hacer lo que hiciste, volver a la vidriera con cintas violetas? Pero vendrá Hilda. Ignominias, humillaciones, ¡oh! Cierra esta brecha.

Después de haber remendado el guante, Minnie Marsh lo guarda en el cajón. Cierra el cajón con decidido ademán. Veo fugazmente su cara reflejada en el vidrio. Tiene los labios fruncidos. La barbilla alta. Después se ata los zapatos. Luego se toca el cuello. ¿De qué es tu gargantilla? ¿De muérdago o de quilla de ave? ¿Y qué ocurre? O mucho me equivoco, o el pulso se ha acelerado, se acerca el momento, las amenazas se ciernen, la avalancha está ahí. ¡Ya ha llegado la crisis! ¡Que el cielo te acompañe! Minnie

desciende. ¡Valor, valor! ¡Da la cara, enfrentate con ello!  
 ¡Por el amor de Dios no esperes sobre el felpudo! ¡Ahí está  
 la puerta! ¡Estoy contigo! ¡Habla! ¡Enfrentate con ella,  
 confunde su alma!

—¡Oh, discúlpeme! Sí, es Eastbourne. Se la voy a bajar.  
 Permítame—. [Pero, Minnie, a pesar de que mantenemos  
 las apariencias, te he interpretado correctamente, y, ahora,  
 estoy contigo.]

—¿Es todo su equipaje?

—Sí, muchas gracias.

(Pero, ¿por qué miras alrededor? Hilda no vendrá  
 a la estación, tampoco John; y Moggridge está en el otro  
 extremo de Eastbourne.)

—Esperaré junto a la maleta, señora, es lo más seguro.  
 Dijo que vendría a buscarme... ¡Ahí está! Es mi hijo.

Y se van juntos.

Realmente, estoy confundida... ¡Seguro que tú sabes  
 bien, Minnie! Un joven desconocido... ¡Espera! Yo se lo  
 diré, ¡Minnie! ¡Señorita Marsh!... pero, realmente, no  
 sé... Algo raro hay en el vuelo de la capa de Minnie. Pero  
 no es verdad, es indecente... Mira cómo se inclina el mu-  
 chacho al llegar a la puerta de la estación. Minnie encuentra  
 su pasaje. ¿Qué tiene de extraño? Salen, descienden juntos  
 a la calle, uno al lado del otro. En fin, ¡mi mundo se ha  
 acabado! ¿Qué hago aquí? ¿Qué es lo que sé? Esa no es  
 Minnie. Moggridge no existe. ¿Quién soy yo? La vida ha  
 quedado pelada como un hueso.

Y, sin embargo, la última imagen de los dos —él ba-  
 jando de la acera, y ella siguiéndole al doblar la esquina del  
 gran edificio— me llena de maravillada curiosidad, me arras-  
 tra de nuevo. ¡Misteriosas figuras! Madre e hijo. ¿Quiénes  
 son? ¿Por qué caminan calle abajo? ¿Dónde dormirán esta  
 noche, y dónde mañana? Oh, cómo gira y se eleva, es un  
 nuevo comienzo. Camino tras ellos. La gente pasa yendo y  
 viniendo. La luz blanca destella y fluye. Vidrieras. Claveles,  
 crisantemos. Enredaderas en oscuros jardines. Carros de le-

che ante las puertas. Vaya a donde vaya, misteriosas figuras, las veo doblando la esquina, madres e hijos: a ustedes, a ustedes. Me apuro, los sigo. Esto, imagino, debe ser el mar. El paisaje es gris; opaco como la ceniza; el agua murmura y se mueve. Si caigo de rodillas, si cumplo la ceremonia, el antiguo rito, son ustedes, figuras desconocidas, ustedes a los que adoro; si abro los brazos, es a ustedes a quienes abrazo, a quienes atraigo hacia mí... ¡maravilloso mundo!

# Índice

El legado .....	7
Lappin y Lapinova .....	17
La Duquesa y el joyero .....	27
Momentos de vida: «Los alfileres de Slater's no tienen punta» ..	35
La señora Dalloway en Bond Street.....	43
El hombre que amaba al prójimo.....	55
Juntos y separados.....	63
La presentación .....	71
Antepasados .....	77
El vestido nuevo.....	81
Un resumen .....	91
Una novela no escrita .....	97